

La casa de los señores Bernardone estaba agitada, pues había un movimiento que no cesaba por parte del servicio domestico. Era de madrugada una noche fría de Diciembre que la señora Bernardone se había puesto de parto. Las sirvientas corrían de un lado a otro de la casa buscando lo necesario para llevarlo al dormitorio donde la señora se debatía entre dolores y quejidos. Una sirvienta entraba una vasija con agua, otra la seguía con varias toallas que llevaba dobladas en el brazo. El señor Bernardone no se encontraba presente pues estaba en otro país por cuestiones de trabajo.

Los candelabros con velas encendidas iluminaban la casa, por las ventanas salía luz y el vecindario supieron que era porque el bebé que estaban esperando había nacido o estaba a punto de nacer.

Una de las sirvientas que estaba atendiendo a la señora Bernardone había ido una vez en busca de la comadrona, pero ésta le dijo que iría cuando amaneciera porque era primeriza y el parto se retrasaría. Estaba equivocada puesto que la criatura que iba a nacer estaba a punto de ver la luz.

En la calle había mucho alboroto, se celebraba el nacimiento del niño Jesús, la fiesta duraba tres días la gente iban por la calle tocando instrumentos musicales, cantaban y bailaban.

La señora Bernardone no aguantaba más los dolores del parto era la primera vez que iba a parir pero sabía que el

bebé quería salir. Cogió desesperadamente el brazo de su sirvienta y le dijo.

- Tráeme aquí rápidamente a la comadrona.

La sirvienta salió corriendo de la casa, y por la calle iba como un estampido abriéndose paso entre la multitud que cantaban.

Cuando llegó a la casa de la comadrona iba sofocada tratando de respirar, llamó a la puerta tres veces con la palma de su mano, se escuchó la voz de la comadrona que dijo.

- ¡ Ya voy, a qué tanta prisa !.

Cuando abrió la puerta y vio que era la misma persona de antes le dijo con cara de sueño.

- ¿ Otra vez tú ?, ¿ no te he dicho antes que iré después de que amanezca ?.

La sirvienta la cogió por la mano mientras que le decía.

- Tiene que venir ahora mismo conmigo, mi ama está a punto de dar a luz.

- ¡ Bueno mujer suéltame de la mano no creerás que voy a ir en camión !, espérame fuera.

A los pocos minutos salió la comadrona con su maletín en la mano y se fueron andando deprisa.

La señora Bernardone había roto aguas. La comadrona entró en el dormitorio y empezó a dar órdenes a las sirvientas para que le llevaran todo lo que necesitaba.

De inmediato se escuchó el llanto del recién nacido.

- ¡ Es un niño ! - Anunció la comadrona.

Era pequeño pero con gracia Divina. Los ojitos los tenía cerrados, pero su boquita no paraba de moverla, sacaba la lengüecita como si quisiera hablar.

Cuando la señora Bernardone se restableció del parto, un día por la mañana cogió en brazos a su hijo y lo llevó a la iglesia que había en Asís. Pidió al sacerdote que lo bautizara. Como su marido no había regresado de su viaje, pidió que le pusiera al recién nacido el nombre de Juan.

Había pasado un mes de este acontecimiento, cuando regresó el señor Bernardone. No fue una sorpresa para él de encontrarse con su hijo recién nacido porque lo esperaban para el mes de Diciembre. Lo que sí le sorprendió fue que su esposa lo hubiera bautizado y que le hubiese puesto de nombre Juan. No quería que su hijo se llamara así. Él venía de Francia y en el país de su esposa estaba de moda el nombre de Francisco que era así como él lo quería llamar.

Fue hablar con el sacerdote para que le cambiara el nombre, y así se hizo. Él estaba muy enamorado de su esposa, era hermosa y exquisita. Se conocieron en un

viaje que él hizo a Francia para venderle telas bonitas de seda a ella, y a su madre. Quedó prendado por lo refinada que era.

Se casaron y se fueron a vivir a Italia al país de donde él era, concretamente del pueblo de Asís.

La señora Bernardone era una madre amorosa se pasaba todo el día cuidando de su hijito, llenándolo de besos, de mimos y de palabras dulces y tiernas. Su esposo cuando la veía le decía.

- Lo estás acostumbrando mal, recuerda que es un varón.

- Estás celoso - Le respondió ella con una sonrisa.

- No lo estoy puesto que es mi hijo, pero lo que no quiero es que hagas de él, un niño inútil, quiero que se parezca a mí.

- ¿ Porqué tiene que parecerse a ti ?, ¿ Yo no cuento que soy su madre ?.

- Si lo que tratas es de hacerme rabiar no lo vas a conseguir, es un niño y cuando sea un hombre quiero que tenga decisión, y también que sea bruto, ¿ Porqué no ?.

- No te escucho, mira como me tapo los oídos para no oír lo que dices - Ella le seguía la broma sin parar de reír.

Ella seguía meciendo en su brazos a su hijito mientras que lo colmaba de besos y de palabras tiernas. Su esposo

la observaba, se daba cuenta de lo feliz que era, cuanto más la miraba más bella la veía, parecía una Reina.

- ¿ No sería mejor que pusieras a Francisco en la cuna para que durmiera ? - Dijo el señor Bernardone a su esposa.

- No hay mejor cuna para un niño que los brazos de su madre, ¡ Mira que pequeño es !, lo tengo que proteger porque en el carácter se parece a mí.

- ¿ Para eso tengo un hijo, para que haya heredado el carácter de una mujer ?.

- De una mujer que es su madre - Respondió ella orgullosa.

El Señor Bernardone la tuvo que dejar por imposible porque era demasiado tierna y con ella no podía discutir, y menos cuando se trataba de su hijo.

Francisco iba creciendo en el amor que su madre le daba, y en la severidad que su padre tenía algunas veces con él. Cuando hacía algo que no estaba bien aprovechaba el señor Bernardone de regañarle a Francisco recordándole que era un varón, y que quería hacer de él un hombre cuando fuera mayor.

Francisco tenía amigos de su edad, eran los más ricos de Asís, también tenía de otros pueblos cercanos. Eran familias que estaban en buena posición e iban a comprar

telas al Señor Bernardone porque era el único por aquella comarca que tenía las telas más bonitas y de última moda.

Francisco tenía un carácter alegre y juguetón. Le gustaba cantar y tenía voz de tenor, su madre cuando lo oía le aplaudía. Su padre en cambio le decía que no había nacido para el teatro y que guardara la voz para hablar con los clientes, porque más tarde le haría falta.

Con solo doce años que tenía no sabía lo que su padre le quería decir porque pensaba en jugar, y cuando cantaba lo hacía para su madre porque sabía que le gustaba y la hacía feliz.

En la escuela era un niño distraído, parecía que no se enteraba de nada cuando el profesor les estaba enseñando algo. A parte del italiano que era su idioma natal, estudiaba también el francés porque su padre así lo quería. Decía que sabiendo este idioma llegaría a ser un gran señor. Para Francisco no era difícil de aprenderlo porque su madre le hablaba mucho en francés. Su padre quería que lo leyera y lo escribiera bien.

La señora Bernardone era culta y una gran Dama, quizás fuera por eso que no estaba hecha para el trabajo, no servía para el comercio que tenía su marido, y cuando él se ausentaba para ir a otra ciudad tenía que dejar a un empleado en la tienda. Era por eso que quería que Francisco creciera y se hiciera un hombre. Muchos días después de la escuela se lo llevaba con él a la tienda para

que fuera aprendiendo el oficio de comerciante. Francisco no estaba de acuerdo en aprender este oficio porque no le gustaba, pues a la edad que tenía solo pensaba en ir a jugar con sus amigos el tiempo que tenía libre. De todos los amigos que eran, él destacaba como el más sensible y soñador. Le gustaba mucho la poesía, la encontraba fantástica y fascinante. Su madre conservaba un libro de poesías escritas en francés. Ella se las leía a Francisco, él las oía con mucha atención.

El señor Bernardone cuando veía esto se enfadaba y utilizaba un lenguaje rudo. Decía a su esposa que no dejaba que Francisco fuera un hombre, por todas esas cosas de mujer que le enseñaba, porque los hombres no leían poesía.

Francisco había cumplido veinte años, e Italia empezó hacer la guerra para buscar la independencia. Los ricos tenían mucho y los pobres no tenían nada, y además estaban machacados y explotados por los más poderosos.

Roma y todas las ciudades que habían a su alrededor estaban levantadas unas contra otras. Por la edad que Francisco tenía lo obligaron a luchar por su tierra. El pueblo de Asís fue cogido por el enemigo, y a Francisco lo hicieron prisionero de guerra.

Sus amigos los que eran de su edad también estaban luchando por la misma causa pero a ellos no los llegaron a prender.

En la mazmorra donde estaba encerrado Francisco, iban amenudo a verlo sus padres. Su madre sufría mucho de verlo metido entre rejas, era todavía casi un niño, y para consolarla le decía.

- No sufras madre, ya verás que pronto saldré de aquí, me iré de juergas con mis amigos, y más tarde buscaré una joven hermosa, me casaré con ella y seremos felices porque será parecida a ti.

Su madre trataba de sonreír porque conocía bien a su hijo y sabía que decía eso para que no sufriera. Le llevaba comida de la que a Francisco le gustaba. En la cárcel daban mal y poco de comer, y estaba en los huesos.

El padre de Francisco cómo era adinerado ofreció una suma importante para que dejaran a su hijo en libertad. Habían muchos rehenes en los calabozos que estaban muriendo cada día.

Francisco de estatura no era muy alto, y más bien delgado, y allí se estaba consumiendo. A él que le gustaba tanto la libertad, con sus amigos habían ido mucho de fiestas, y habían corrido muchas juergas, y dentro del calabozo donde estaba pensaba que moriría allí.

Por lo joven que era había vivido mucho y en Asís no tenía buena fama, pues se le conocía como juerguista y mujeriego.

Su mente la tenía siempre con el mundo y no quería saber otra cosa. La religión no le entraba, le parecía que todo eso falso, y pensaba que la verdadera religión estaba en la vida que se vivía día a día, la podía encontrar en las cosas del mundo. Pensaba de esa manera porque sus amigos así se lo hacía entender.

Iba a misa con sus padres para complacerlos y para hacer ver a los demás de que eran una familia ejemplar, también de esa manera complacía a su madre que era la que realmente le interesaba, no quería verla enfadada, él se ponía triste y se echaba las culpas de las desavenencias que hubieran, aunque después volviera a satisfacer sus deseos.

En Asís vivía una familia de alta nobleza, de nombre Sciffi. Clara era el nombre de una de las hijas del matrimonio. Tenía seis años de edad. Había tenido mucha suerte de nacer en el seno de estos padres que Dios le había dado, no carecían de nada.

Nació una mañana de verano, cuando las flores se están abriendo, y cuando las aves y las mariposas levantan el vuelo para desplazarse a otros lugares en busca de cosas nuevas.

Los padres de Clara eran unos de los más ricos que habían en Asís.

Clara era una niña frágil pero de gran belleza. Esa fragilidad que representaba era más bien sensibilidad y

ternura. Era muy inteligente y en la escuela destacaba ser la mejor alumna.

La música y la poesía le gustaba mucho. Siempre iba corriendo para asomarse al balcón cuando por la calle pasaba un trovador tocando la flauta, o en otras ocasiones iban varios cantando las canciones que estaban de moda. Clara pedía a su madre unas monedas para echárselas.

Se emocionaba mucho cuando escuchaba música, y cuando oía a un trovador recitar unas poesías. Había veces que se le escapaba alguna lágrima.

Su madre que un día la observó le preguntó.

- ¿ Hija porqué lloras ?.

- Porque la música y la poesía es lo más magistral y honorable que hay - Le respondía Clara.

Su madre la miraba con mucha ternura, tan niña como era y entendía donde estaba la belleza de las cosas. Los trovadores la conocían, sabían del corazón tan generoso que poseía, y cuando terminaban de tocar y de cantar esperaban en la puerta por que Clara no tardaría en salir para decirles que entraran al jardín donde habían preparado comida para ellos.

La casa era muy grande parecida a un palacete, y había sirvientes casi en cada rincón de la casa. Era por eso que su madre dejaba que entraran a los trovadores. Siempre

le decía que no tenía que dejar entrar a extraños, pero Clara era feliz de estar entre toda aquella gente que tocaban también los instrumentos musicales y cantaban, para ella no eran extraños, sino hombres de bien que llevaban con su música y sus canciones alegría a las personas que estaban tristes y necesitadas de paz en sus corazones.

Clara era una niña sobrada de inteligencia, pero no lo parecía porque ante todo era sencilla y humilde.

Había pasado un año desde que Francisco lo cogieran preso, y ya gozaba de una libertad completa. Se había quedado desnutrido por el poco alimento que había tomado estando en la cárcel y por las heridas que le hicieron en la guerra. Esto lo traumatizó mucho y no parecía el joven que antes era.

En casa de sus padres se estaba recuperando y cogiendo fuerzas, su madre se desvivía por él hacía todo lo que le pedía.

Cuando se recuperó volvió a las fiestas y juergas que iba antes, pues le costaba dejar todo ese ambiente.

Su padre le regañaba mucho hasta el punto de pegarle con un látigo. Decía que había hecho un hijo que no servía para nada, solo para divertirse.

Le echaba las culpas de todo lo que pasaba a su esposa. Decía que lo había criado mal dándole todo.

A pesar de todo Francisco seguía divirtiéndose todo lo que podía, es como si algo le dijera que pronto se le iba a acabar.

La guerra seguía y también con Francia. Francisco se volvió a ir porque lo llamaron junto con sus amigos. Era un buen soldado pero algo estaba transformándose dentro de él. Ahora no miraba la guerra de la misma manera que lo veía antes. Tenía miedo de herir al contrario, y de que lo cogieran preso. Tenía incluso un desapego hacia sus amigos, ellos de este cambio que estaba sucediendo en Francisco no se daban cuenta porque sabía bien disimularlo.

Tantos hombres muertos y heridos en los campos de batallas lo habían hecho ser más consciente de la realidad de la vida.

Habían pasado unos años y la guerra seguía estúpidamente y con la peor bajeza cómo son todas las guerras sin sentido porque influye la maldad de los hombres.

Francisco fue otra vez herido y lo mandaron a casa de sus padres, y cuando se recuperó se negó a ir de nuevo.

Su padre que era un hombre rudo y corto de sentimientos, sentía vergüenza de su hijo por esta decisión que había tomado. Su madre era la que más lo comprendía, pero estaba atada a lo que su esposo dijera.

Francisco ya no era un niño, tenía edad suficiente para hacer lo que creyera mejor para él, pero su padre no pensaba del mismo modo y lo trataba cómo cuando era un niño. Es por eso que pasaba más tiempo fuera de casa que dentro.

Su padre tampoco le daba dinero cómo en otras ocasiones lo hacía, porque a la tienda apenas iba, no quería trabajar más en el comercio. Tampoco Francisco necesitaba dinero cómo antes, porque ahora las salidas que hacía era a la naturaleza, y se pasaba horas y horas en el campo.

Los padres de Clara al ser de alta sociedad daban fiestas en muchas ocasiones, y en ellas se les ofrecían a los invitados música y canciones de los trovadores. También hacían venir poetas para que recitaran sus poesías con ferviente amor.

Francisco acudió una tarde a una de estas fiestas que los padres de Clara daban. Sobre todo lo hizo con el interés de escuchar música y las poesías que recitaban.

Cuando entró por el patio de la casa escuchó una poesía muy dulce que un compositor estaba recitando. Para oírla mejor se puso junto a una columna de las que habían de mármol, también se puso en ese lugar para no ser visto, quería pasar desapercibido.

Conocía a los padres de Clara, y ellos lo conocían a él también. A Clara como más la había visto un par de ocasiones en Asís comprando en algún comercio con su

madre. Francisco le había hablado a su madre de Clara. Le dijo en una ocasión que era la joven más hermosa que él jamás había visto.

Francisco seguía medio escondido detrás de la columna, no quería ser visto por los más allegados a la casa, porque lo conocían por la fama que se había creado en Asís.

Clara oía con entusiasmo y devoción la poesía que en esos momentos se estaba recitando, porque era algo que ella amaba.

Después de que el poeta terminara y recibiese los merecidos aplausos. Clara distinguió desde el sitio donde estaba sentada a un joven bien parecido que trataba de no ser visto por nadie. Ella lo miraba con curiosidad tratando de ver si lo conocía. Con la luz que daban las antorchas podía apercibir que no era alguien que ella conociese. Cómo sentía tanta curiosidad se puso de pie y fue hasta donde estaba Francisco.

Clara tenía dieciséis años de edad, era una linda jovencita, con una silueta armoniosa, y con un rostro bello.

Fue acercándose a la columna y sorprendió a Francisco por la espalda diciéndole.

- ¿ Te gusta la fiesta ?.

Francisco se dio la vuelta y lo que menos esperaba era encontrarse con Clara. Tan hábil cómo había sido para las mujeres, y en esos instantes no sabía que responder, la presencia de Clara lo había descolocado y no encontraba donde estaba su lugar, aparte que se había puesto rojo y nervioso al mismo tiempo. Clara se dio cuenta de esta reacción y sonrió.

- Sí mucho - Respondió Francisco al poco tiempo.

- ¿ Eres de Asís ? - Le preguntó Clara.

Francisco le respondió un sí con la cabeza porque el habla se le había cortado. Sólo miraba la belleza que tenía tan grande frente a él.

- Pues si eres de Asís no te conozco - Le dijo Clara.

Francisco tragó saliva e intentó hablar.

- Es que he pasado varios años en la guerra.

- ¡ Ah !, será por eso que no he tenido la ocasión de verte - ¿ Cómo te llamas ?.

- Francisco - Respondió mejorando el habla y con una sonrisa.

- Yo me llamo Clara.

- El nombre que tienes hace honor a tu persona - Respondió Francisco.

Francisco era también agraciado, con mirada dulce y sonrisa de enamorado, que podía enamorar a una mocita con sólo mirarla. Con veinticinco años que tenía jamás había estado enamorado. Y recordaba sus aventuras esporádicas cómo distracción.

La madre de Clara echó de menos a su hija y empezó a buscarla con la mirada. Como no la encontraba porque habían muchos invitados, y también ella estaba con Francisco detrás de una columna, dijo a sus otras hijas que la fueran a buscar, pero no hizo falta porque rápidamente pudo ver donde estaba y fue a por ella.

La señora Sciffi quedó espantada cuando vio que su hija hablaba con el hijo de los Bernardone. ¡ Que horror !, ¡pues que iba a pasar ahora con Clara puesto que la cortejaban los hijos de las familias más nobles y ricas de todas aquellas comarcas. Estaba segura que la habían visto los invitados que estaban esa noche allí, y pronto correrían la voz.

Se acercó a su hija y la cogió de la mano y estiró de ella. Le dijo a Francisco.

- ¡ No te acerques a mi hija, manténte lejos de ella !.

- Será lo que Dios quiera señora ! - Le respondió Francisco con voz suave.

- ¿ Que es lo que tú puedes saber de Dios si siempre has dado que hablar ? - Le respondió la señora Sciffi con mirada perversa.

Mientras que madre e hija se iban de allí, Francisco miró a Clara y le guiñó un ojo y le sonreía. Clara le correspondió con una sonrisa. Su madre que no le quitaba ojo de encima le preguntó enfadada.

- ¿ Porqué le sonríes ?.

- Tiene algo especial que lo diferencia de los demás hombres - Le respondió Clara con certeza.

- Tú no entiendes de esas cosas, todavía eres una niña, ¿Me has comprendido ?.

Clara iba volviendo la cabeza mientras que sonreía a Francisco.

- ¡ Basta ya !, ¿ me has entendido ? - Le dijo su madre regañándola.

Cuando llegaron al sitio que ocupaban, las dos se sentaron. La madre de Clara estaba rabiosa y le dijo a su hija cómo una advertencia.

- ¡ No quiero que vuelvas hablar más con él !, ¿me oyes?. Te lleva muchos años, y además tiene mucha vida corrida.

- ¿ Madre que quieres decir con que tiene mucha vida corrida ? - Le preguntó Clara inocentemente.

- Pues... pues no sé como explicártelo, porque a lo mejor no lo entenderías - Le respondió su madre titubeando.

- Quiero que me lo digas ahora - Le dijo Clara.

La música de flauta y la de pandereta se empezó a escuchar. La madre de Clara encontró una salida y le dijo.

- Escucha esta música, es la que a ti te gusta.

Clara olvidó lo que estaba hablando con su madre y miró a los músicos que tocaban una canción que estaba de moda, pero la mirada se le iba a la columna donde seguía apoyado Francisco.

La señora Sciffi observaba a su hija, y estaba inquieta y preocupada por lo que hubiera podido pasar en el corazón de Clara. No quería pensar que fuera un flechazo lo que tuvo, pero cuanto más la miraba llegaba a esa conclusión.

Francisco salió de la casa porque se había dado cuenta que a Clara su madre la estaba vigilando, y no quería que la regañaran.

Francisco había dejado las vestiduras que tenía de hombre rico, por otras más sencillas.

Su madre era la que seguía la transformación que hubo en él, pero lo daba a la guerra y a los años que tuvo que estar luchando, y sobretodo el tiempo que pasó en la mazmorra que estuvo a punto de morir allí dentro.

Su padre apenas hablaba y cuando lo hacía era para insultarlo, y para pegarle patadas y latigazos.

El matrimonio no se llevaba bien porque la madre de Francisco no podía ver como su marido le pegaba a su hijo, era casi un continuo. Muchos días y noches las pasaba en el campo. Le había cogido a su madre una Biblia pequeña que tenía con la vida de Jesús y trataba de imitarlo viviendo en la naturaleza. De sus amigos apenas sabía nada, había cortado con la vida del mundo. Cuando iba por el pueblo y se encontraba con gente por la calle les decía para saludarlos.

- Hermanos, paz y bien.

La madre de Francisco no salía de su casa a excepto los domingos con su marido para oír misa. No quería que nadie le preguntara por su hijo, pues dentro de su corazón tenía un dolor muy grande y cualquier cosa le hacía llorar y sentirse mal.

Al salir de la iglesia siempre había alguien que les paraban para decirles que habían visto a Francisco por la calle y que hablaba a las gentes de Dios.

Esto siempre terminaba en discusión entre el matrimonio. Él le decía a su mujer que ella era la

culpable de todo eso. Ella le echaba las culpas a los amigos de Francisco porque lo perdieron llevándolo a sitios indignos.

Francisco iba poco a su casa porque sólo recibía por parte de su padre palizas. Cuando sucedía esto, su madre iba a la iglesia para dar donativos y acabara pronto todo ese martirio por el que tanto ella cómo Francisco estaban pasando. También los de Asís llamaban a Francisco el loco, era por ese nombre por el que se le conocía.

Francisco estaba muy unido a la naturaleza, era en el campo donde hacía su vida. Ayudaba a los agricultores a trabajar sus tierras a cambio de un poco de comida que le daban.

En la naturaleza encontraba la belleza de todas las cosas, todo lo que crecía o corría en el campo le llenaba de satisfacción y se quedaba embelesado mirando a una flor aunque fuera pequeña.

Cuando hacía tiempo que no había ido a su casa, salía en busca de él su padre para que volviera. Esto lo hacía por su esposa porque la veía que sufría mucho por la ausencia de su hijo. Esta vez su padre lo convenció y volvió de nuevo a su casa y emprendió una nueva vida.

El matrimonio estaban más tranquilos por tener a su hijo con ellos. Su madre había vuelto a ser la que era antes con él. Le dieron ropas nuevas y modernas para que las

llevara puestas, pues se habían hecho a la idea de que su hijo iba a trabajar de nuevo en la tienda.

La calle donde vivía Clara no estaba lejos de donde vivía Francisco y siempre que podía en el día iba hasta la casa de Clara, paseaba por la calle para ver si la veía. En una de estas ocasiones Clara estaba asomada en la ventana que daba a su habitación y pudo ver a Francisco cómo se había parado frente a la ventana para verla.

Los dos se miraban y sonreían. Francisco veía a Clara cómo la belleza más grande que pudiera haber sobre la tierra. Dentro de su corazón sentía la llamada de Dios en la naturaleza, estaba seguro de que Dios vivía en ese Edén. Por otro lado sentía un gran amor por Clara, y a fondo fijo sabía que jamás le podría rozar ni un sólo dedo de la mano, porque él la consideraba cómo una Diosa.

Clara sabía a la hora que Francisco iba a pasar por delante de su casa y un poco antes ya estaba asomada a la ventana para sonreírle.

En casa de los Bernardone todo parecía ir bien. Era un domingo y el matrimonio con su hijo fueron a misa. La madre de Francisco quería agradecer a Dios dando donativos para los pobres por hacer que su hijo estuviera ya restablecido en su casa. Ella estaba orgullosa que los habitantes de Asís los vieran a los tres juntos y pararan las habladurías que tenían en contra de su hijo.

Dentro de la iglesia los feligreses hacían comentarios acerca de Francisco, hasta sus oídos llegaron críticas injustas hacia su persona.

El sacerdote tuvo que intervenir para pedir silencio, por lo que le interrumpían en el sacramento de la misa.

Francisco no se sentía bien dentro de la iglesia, estaba incómodo y todo le molestaba, no podía con tanta falsedad. Su madre que se había dado cuenta estaba pendiente de cada movimiento que hacía.

El sacerdote empezó a dar el sermón que tocaba ese domingo, y tenía que hablar del amor y de la piedad. Francisco según oía al sacerdote hablar del amor y de la piedad, a su mente le venían imágenes que había vivido en la guerra, de todos los hombres que murieron en ella, y de todas las injusticias que se cometieron, con las mujeres que mataban y a otras violaban, también de todos los niños que murieron junto a sus madres.

¡ Cuanta confusión había en su cabeza de pensar en lo que él había visto, y de oír las palabras del sacerdote !.

Era tanta gente la que había dentro de la iglesia que Francisco no podía respirar, también respiraba una olor mala que no lo podía soportar. Estaba perdiendo el conocimiento, trataba de ponerse bien pero los ojos se les nublaban, y en los oídos sólo oía zumbidos muy fuertes que le producían un gran dolor.

Su madre lo fue a socorrer porque vio que se había quedado blanco y que se caía. Su esposo se sintió incómodo por todo eso que le estaba sucediendo a su hijo, y le regañó a su esposa para que lo dejara.

Francisco no pudo más y dejó que saliera la voz que había dentro de él y que quería hablar. Se dirigió al sacerdote y a todos los que allí habían y dijo llorando sin poderse retener.

- Dios está ofendido, Él no quiere que se hable de amor sin haberlo practicado antes, no quiere que se hable de piedad sin haber tenido piedad con los demás antes. ¡ Todo esto sólo son palabras que están vacías !.

El sacerdote muy enfadado dirigiéndose al señor Bernardone le dijo muy enfadado.

- Saca de aquí a ese loco, ¿ no te das cuenta que está incordiando a los demás feligreses ?.

Las demás personas daban la razón al sacerdote, y le decían al matrimonio.

- ¡ Lleváoslo fuera de aquí !. ¿ No os dais cuenta de que es un lunático ?. Hasta es peligroso de que esté entre nosotros.

- Mi hijo no es peligroso, pero si lo que queréis es que me le lleve lo haré - Les respondió el señor Bernardone.

Francisco se había quedado sin sentido, y su padre lo sacó de la iglesia cogido por la cintura, iba caminando con su hijo doblado. Su esposa iba detrás de ellos lamentándose a Dios entre sollozos.

A Francisco le habían quedado muchas secuelas de cuando estuvo en la guerra y en la cárcel. Lo habían maltratado por ser prisionero de guerra.

Eran muchas veces las que se ponía mejor, y al poco tiempo empeoraba. También tenía una voz interna que le hablaba desde hacía tiempo, y fue esa voz la que habló ese domingo en la iglesia. Cada vez que esto sucedía que era a menudo decía que se trataba de la voz del alma.

El señor Bernardone llevó a Francisco al mejor médico que había por aquellos contornos. El médico no le encontró nada, y sólo le recetó unas hierbas para la ansiedad.

Clara se había enterado de lo sucedido de Francisco en la iglesia. En todo Asís se comentaba en esos días el suceso.

Los padres de Clara la advirtieron prohibiéndole de que hablara con él si se lo encontraba en alguna calle del pueblo.

Desde el fondo de su corazón Clara sabía que Francisco era un hombre bueno, y sobre todo digno de admirar, y de que no estaba loco cómo decían. Clara miraba por el

mismo cristal que lo hacía Francisco y pensaba: Si él está loco yo también lo estoy, porque deseo hacer las mismas cosas que él hace.

Había pasado un año, y Francisco vivía fuera de su casa. Sus padres pensaron que para todos incluso era lo mejor, porque siempre que intentaban de traer a su hijo con ellos había un percance que hacía que Francisco volviera a recaer de su enfermedad.

A Clara aunque sus padres le habían prohibido de verlo ella sabía en donde lo podría encontrar.

Un día salió de su casa muy temprano para que no la vieran y se dirigió al bosque.

Lo buscaba por todas partes hasta que al fin vio la silueta delgada de Francisco que hablaba con alguien que ella no podía ver de donde estaba. Se fue acercando despacio y pudo comprobar que no había nadie.

Francisco al ver a Clara que estaba a dos metros de él, se puso en pie, sonrió de felicidad al verla que estaba allí, y le preguntó algo extrañado.

- ¿ Qué haces aquí ?.

Era tanta admiración la que Clara sentía por Francisco que no pudo retener sus lágrimas, y le respondió.

- Tenía que verte para saber cómo estabas, pues ya hace días que no puedo dormir pensando si estarías bien.

Los dos se miraban a los ojos con un brillo especial.
Fue Clara quién le preguntó.

- ¿ Con quién hablabas ?.
- ¡ Oh ! - Exclamó Francisco con una sonrisa mientras que miraba la hierba.

- Con esta pequeña flor que ha crecido en esta pequeña parcela.

Clara miró al sitio donde le había señalado Francisco, y realmente era una florecilla casi diminuta color violeta.
Clara le preguntó.

- ¿ Puedo yo también hablar con ella ?.
- ¡ Claro que sí ! - Le respondió Francisco.

- ¿ Me enseñas cómo se hace ? - Repuso Clara.
- Es muy fácil, deja que su belleza entre en tu corazón, cuando escuches su voz dentro de ti, y todo lo que te quiere transmitir, respóndele. Verás que de esta manera puedes mantener una conversación con una flor o con otro ser viviente de la naturaleza.

Francisco y Clara se sentaron sobre la hierba y ella empezó hacer este extraordinario ejercicio de amor que le acababa de enseñar.

Mientras lo hacía Francisco la observaba con la mirada llena de amor, de sus pupilas saltaban chispas, las mismas que salen de los que están enamorados

profundamente. Lo sacó de ese trance la dulce voz de Clara que dijo contenta mirando a Francisco.

- ¡ Lo he conseguido ! - ¡ Me ha hablado y me ha contado cómo ha sido su nacimiento aquí !.

- Pues te ha dicho más cosas que a mí - Le respondió Francisco.

- ¿ Crees realmente lo que te he dicho no es cierto ? - Le preguntó Clara.

- ¡ Oh ! sí, pues claro - No te he dicho esto porque no te creyera, siempre creeré todo lo que tu me digas.

- ¿ Porqué ? - le preguntó Clara medio en broma.

- Porque tú eres mi gacela, y siempre lo serás.

Las miradas se encontraron, y estuvieron unos instantes mirándose sin decirse nada.

Clara se puso en pie y caminó varios pasos seguida de Francisco. Ella se agachó porque encontró que había un montoncito de piedras de varios colores. Cogió una y la puso en la palma de su mano para mirarla bien. Después de estar mirando a ese mineral unos minutos se puso hablar con la piedra de color verde.

Francisco la miraba lleno de emoción y de ternura, y de pronto empezó a dar vueltas alrededor de Clara mientras que cantaba una dulce canción a las flores y a los minerales.

Clara al ver a Francisco lo que hacía también lo imitó y los dos daban vueltas mientras que cantaban a la naturaleza.

Estaban los dos tan bien que el día casi había pasado sin que se diesen cuenta.

Fue Francisco quién avisó a Clara de que era tarde y que tenía que volver a su casa. La acompañó hasta la entrada del pueblo, porque no quería que nadie lo viera.

Lo hizo mayormente por sus padres para que nadie fueran en contra de ellos hablando mal.

En la puerta de la casa donde Clara vivía estaban sus padres, sus hermanos y otros familiares, acababan de llegar de haber estado buscándola por todo el pueblo. Ella se acercó tranquila y feliz cómo si nada hubiese pasado.

Su madre al verla fue hacia ella y le dio una bofetada mientras que le preguntaba.

- ¿ De donde vienes a estas horas ?.

Clara entró dentro de la casa sin mencionar palabra y fue directamente a su habitación.

Su madre entró detrás de ella y cogiéndola por los hombros la empezó a zarandear mientras que le pedía explicaciones.

Clara seguía relajada y tranquila cómo si con ella no fuera. Su madre se enfureció aún más de ver su reacción y le preguntó muy enfadada.

- ¿ Has estado con ese loco ?, ¿ No es cierto ?.

- He estado con Francisco todo el día, y no lo llames loco porque no lo está.

- ¿ Has pensando en el joven de buena familia que te está pretendiendo ? - Le preguntó su madre.

- No me interesa ese joven cursi, ni diez como él. He decidido no casarme - Le respondió Clara.

Su madre al escuchar esto dio un grito llamando a su esposo. Él acudió al instante, y su esposa le dijo extremadamente enfadada.

- ¿ Sabes lo que dice ahora ?, que no se quiere casar. Tenemos preparada la fiesta para la pedida de mano.

- Voy ahora mismo hablar con el Señor Bernardone para que le diga a su hijo que deje de molestar a nuestra hija Clara - Dijo su esposo.

- ¡ No le vayas a decir eso que no es verdad ! - Le respondió Clara.

Su madre le volvió a dar otra bofetada y le dijo.

- ¡ Tu te callas ! porque en menudo lío nos has metido.

El Señor Sciffi llegó a la casa del Señor Bernardone y le dijo a una de las sirvientas que quería hablar con el señor. Pronto apareció y al ver que se trataba del padre de Clara sospechó saber lo que quería.

El Señor Sciffi muy enfadado, se dirigió al Señor Bernardone y le dijo amenazándolo.

- ¡ Corrige a tu hijo ! - Dile que se mantenga lejos de mi hija, porque de lo contrario le daré una paliza y lo mataré.

- Si eso te complace lo puedes hacer, no se si sabrás que ya hace tiempo que no viene por aquí, y no sabemos nada de él - Le respondió el Señor Bernardone.

- ¿ Tan poco quieres a tu hijo que no te interesa saber nada de él ? - Le preguntó el padre de Clara.

- Prefiero que sea así, no se somete a lo que yo quiero, es por eso que es mejor que esté lejos de su madre y de mí.

El Señor Sciffi al ver que no podía hacer nada se fue.

Los amigos que tenía Francisco iban al campo para encontrarse con él y hablar, aunque no hablaba mucho porque estaba cómo ausente y cuando un amigo le hacía una pregunta, él estaba mirando el ir y venir de los pájaros y al responder decía sorprendiendo a sus amigos.

- ¿ Habéis visto esa bandada de pájaros ?.

Ellos se miraban sin saber que decir. No comprendían lo que le estaba pasando, era difícil de llegar a entenderlo, ni porqué no respondía a las preguntas que le hacían.

Bernardo era uno de los más íntimos amigos que tenía, se preocupaba por él y le preguntó.

- ¿ Francisco amigo mío, necesitas que te ayudemos en algo ?.

Francisco lo miró y sonrió, después le respondió.

- ¿ Qué ayuda me podréis vosotros dar ? - Dios quiere que sea su siervo, y haré todo lo que Dios me diga.

- Si está bien lo que dices, pero también puedes ser siervo de Dios en la civilización estando junto a los tuyos - Le respondió Bernardo.

- No digas nada más y fíjate en esa flor que nos mira - Le dijo Francisco bajando la voz.

Bernardo miró rápidamente la flor que Francisco le señalaba, y después lo miró preguntándole.

- ¿ Ya no te interesan las chicas ?, ¿ Recuerdas lo bien que te lo pasabas con ellas ?.

- No hagas ruido para no asustar a ese roedor que quiere acercarse a mí - Dijo Francisco.

- ¿ Que te ocurre ?, te haces el loco pero tus amigos sabemos que no lo estás - Le respondió Bernardo perdiendo la paciencia.

- No, eso no tiene que ocurrir - Le dijo Francisco a Bernardo con voz silenciosa.

- ¿ Que es lo que no tiene que ocurrir ? - Le preguntó Bernardo extrañado.

- Cuida de que tu paciencia no te abandone - Le respondió Francisco.

- ¿ Que me dices de Clara ? - ¿ Sabes todo lo que se dice en Asís de ella ? - Le preguntó Bernardo para que hablara.

- ¡ No menciones su nombre, antes de hacerlo te lavas la boca ! - Le respondió Francisco mirándolo a los ojos.

- ¡ Al fin te he hecho hablar ! - Le dijo Bernardo sonriendo.

Francisco se dio cuenta que había caído en la trampa que su amigo le había puesto. Su mirada se fue a posar en una mariposa de colores que volaba majestuosa cerca de ellos. La fue siguiendo para contemplar mejor su belleza, mientras que le decía a sus amigos.

- Venir y mirar a este maravilloso ser.

Ellos lo siguieron, pues sentían algo de envidia de no ser cómo Francisco.

Había pasado un tiempo, y Francisco encontró en la Madre Naturaleza la propia suya. Hacía realmente lo que quería y lo hacía feliz.

De la enfermedad que había sufrido, ya no tenía nada. Era un hombre tranquilo y con muchas ganas de vivir. Pensó ir a casa de sus padres para contarles todo lo bueno que le estaba sucediendo, y una mañana emprendió el camino hacia Asís. Estaba desconocido porque había cambiado en todo, su aspecto era saludable y hasta había cogido unos kilos de más.

Llegó a la casa y encontró a su madre sentada en un sillón cerca del balcón leyendo un libro de religión. Ella al verlo se puso muy contenta y lo estuvo abrazando un rato.

Francisco le contó lo feliz que era haciendo la vida que hacía. Aunque él le contaba que en la naturaleza lo tenía todo. Ella creyó que su hijo había ido para quedarse allí con ellos a vivir. Mandó a que se le preparara su dormitorio, y que hicieran una buena comida.

Le dijo a una sirvienta que fuera a buscar a su esposo porque había venido Francisco para quedarse.

Mientras tanto Francisco fue donde su padre guardaba el cofre con el dinero y salió a la calle repartiéndolo entre los pobres que veía.

Entró de nuevo en la casa y cogió vestidos de caballero y de señora que su padre había confeccionado para otras gentes, y los fue dando a todos aquellos que le pedían.

Su madre no lo podía detener, corría por toda la casa pronunciando su nombre y diciéndole.

- ¡ Francisco para, por el amor de Dios !.
- ¡ Madre estoy haciendo esto para que os salvéis y podáis entrar en el Reino de los Cielos ! - Le respondió Francisco con alegría.

Su madre tenía las manos puestas en sus dos mejillas y no paraba de repetir.

- Tu padre te mata - Tu padre te mata.

Alguien fue corriendo en busca de su padre para que se diera prisa en ir a su casa.

El Señor Bernardone que era un hombre trabajador y avaro, corría todo lo que las piernas le daban de sí. Al llegar a la puerta de su casa no podía entrar por todos los pobres que habían aglomerados en ella.

Cuando pudo entrar encontró a su esposa llorando desconsoladamente en un rincón sin saber que hacer. Por otro lado estaba Francisco dando todo lo que poseía.

Lleno de ira y de rabia fue hacia su hijo dándole patadas. Cogió un palo que guardaba para protegerse de los ladrones y empezó a palos con él. Le golpeaba la cabeza, la espalda y en todo su cuerpo, parecía que el loco fuera él. Su esposa trataba detenerlo porque esa paliza que le estaba dando a Francisco era para matarlo. La cabeza se

la había abierto de dos palos que le pegó, por la nariz también sangraba. Ella se ponía en el medio para proteger a su hijo y también recibió algunos golpes. Ella gritó a su marido diciéndole.

- ¡ Basta ya ! - Lo estás matando, ¿ No te das cuenta ?.

Francisco se quejaba de dolor y también se tambaleaba por la poca fuerza que le quedaba, hasta que cayó al suelo sin apenas tener conocimiento.

Su madre se echó encima de él protegiéndolo para que su esposo no le pegara más.

El señor Bernardone parecía una fiera rabiosa que sólo quería matar. Quitó a su mujer de encima de Francisco y le dijo con la cara roja de ira.

- Nada de esto hubiese sucedido sino le hubieras abierto la puerta.

- Es mi hijo, cómo no se la voy abrir, y se la abriré todas las veces que sean necesarias.

El señor Bernardone no se pudo reprimir y le dio una bofetada diciéndole.

- Tu tienes la culpa de que te haya pegado, no eres una madre buena.

- Yo soy buena con nuestro hijo, eres tú que desde que era un niño lo has tratado mal y no has sido un buen padre.

- No vuelvas a repetir eso nunca más porque te romperé la cara si fuera necesario.

Cómo Francisco estaba herido y tendido en el suelo, su madre le pidió a una sirvienta que le llevara gasas y alcohol para limpiarle las heridas.

Cuando se las estaba curando cogió el padre a Francisco por los brazos y lo echó a la calle. Seguidamente lo fue a denunciar a la corte eclesiástica.

Tardó unos días en celebrarse el juicio, y mientras tanto Francisco dormía en la calle.

Todo el pueblo de Asís se habían enterado de lo que había ocurrido, y decían que esa familia había caído en desgracia hacía tiempo.

Clara cuando se enteró que Francisco estaba durmiendo en la calle, le proporcionó en la cancela de su casa un sitio para que se quedará allí hasta que el juicio se celebrara.

Los padres de Clara estaban también en contra de ella y de todo lo que hacía, pero a ella no le importaba la opinión de ellos. Tampoco Clara se llevaba bien con sus padres, ella esperaba ser mayor de edad para irse de la casa.

Después que pasaron unos días, el juicio se celebró. Castigaron a Francisco a pagar todo lo que le había quitado a su padre para dárselo a los pobres.

Como Francisco no tenía dinero ni lo quería tener le respondió al juez y le dijo.

- Le pagaré a mi padre todo lo que le he dado a los pobres con el apellido que me dio al nacer, no lo quiero se lo regalo. También le voy a pagar con estas ropas de buena calidad que me ha regalado, no las necesito, pues desnudos nacemos y desnudos nos vamos. No quiero nada que le haya pertenecido a él. A partir de estos momentos él no es mi padre, ni yo soy su hijo.

Francisco se fue quitando la ropa delante de todos los presentes hasta que se quedó desnudo.

Con la ropa hizo un lío y se la entregó a su padre, diciéndole.

- Coge esto que te pertenece, y mi nombre también. Lo que es de la tierra se queda en la tierra, y lo que es del Espíritu vuela a Dios.

El Obispo al ver lo que Francisco había hecho pidió un manto para que se cubriera con él. Y de esta manera salió de Asís para entregarse totalmente a Dios y servirlo hasta el resto de sus días.

Francisco se dirigió al bosque, desde hacía tiempo era su residencia. También se había hecho amigo de unos enfermos de lepra que vivían en el campo, porque no los dejaban estar en los pueblos, e iban como vagabundos de

un lado a otro. Con ellos tenía muchas conversaciones, y también los ayudaban a que se asearan en el río.

Encontró un mundo de Dios con todas esas gentes que los demás despreciaban. Se dio cuenta que no necesitaba dinero para salir adelante, todo lo encontraba en la naturaleza.

Cantaba muchas canciones que él mismo componía, y cuando las gentes que conocía lo oían cantar le decían.

- Francisco hoy estás contento.

- Es que mi alma está feliz - Les respondía.

- ¿ Porqué le cantas al sol a la luna y a las aves ?.

- Le canto a la libertad - Respondía contento.

Francisco estaba seguro que todo ese mundo escondido que había en las espesuras del bosque, era el comienzo de su elevación.

Sentía pena y también amor hacia tantos leprosos que habían encontrado en el bosque su refugio.

Estaban todos obligados a llevar una campana para hacerla sonar cuando un enfermo pasaba por algún lugar. De esa manera los campesinos se apartaban del camino por donde iban a pasar.

El invierno había llegado, y en el bosque había poco para comer. Francisco sabía que no lejos de donde estaba había un convento de monjes. Nunca había

llamado a la puerta pero la necesidad que tenía de comer algo le obligó hacerlo. No sólo lo hacía por él, sino por todos los enfermos de lepra que había, ellos tampoco tenían nada que comer, y estaban a expensas de lo que Francisco les pudiera hacer o dar. Por todo su alrededor sólo escuchaba lamentos y dolor.

Se dirigió hasta el convento y llamó a la puerta. Un monje le vino a abrir. Francisco con mucha humildad dijo.

- Hermano, paz y bien - Tengo hambre y también mis hermanos los leprosos. Solicito trabajar ayudando en las tareas a cambio de un poco de sopa caliente y un trozo de pan.

El monje lo escuchaba con atención, y le respondió.

- Pase hermano, voy a decírselo a mis superiores y enseguida vuelvo.

Pasó Francisco al interior del convento mientras que esperaba una respuesta.

Después de estar esperando unos minutos, vio que venía el monje que le había abierto la puerta con otro monje más. Este le preguntó.

- ¿ Qué es lo que sabes hacer ?.

Francisco pensando en la comida respondió.

- ¡ Podría ayudar en la cocina !, y si queréis darme otra cosa más también lo haré.

- ¿ Te mezclas con los leprosos ? - Le preguntó el monje.

- Sí hermano, ellos me necesitan porque nadie los quiere, y a los ojos del Señor todos somos hermanos y también pobres.

El monje agachó la cabeza en señal de humildad y le dijo.

- Pasa y empieza a trabajar en la cocina, el hermano cocinero te dirá lo que tienes que hacer.

Francisco entró en la cocina contento y feliz dándole gracias a Dios porque a partir de ese día le podría dar a los enfermos un cuenco de sopa caliente, y para él también.

En la cocina mientras que cortaba verduras y las cocía cantaba canciones. Un día el hermano cocinero le preguntó.

- ¿ No te cansas de cantar ? - ¡ Estás cada día con las mismas canciones !.

- Pues si estás harto de oír estas, voy a componer otras -
Le respondió Francisco con alegría.

- No he querido decir eso - le dijo el hermano cocinero.
- ¿ No ? - ¿ Pues porqué te cansa de oírme cantar si la música la inventó Dios ? - Le pregunto Francisco sonriendo porqué comprendió el fondo de la pregunta.

El monje no respondió nada, porque pensaba, ¿ Qué podría saber Francisco sobre Dios ?, si no pertenecía a ninguna orden.

En el convento había mucho silencio, en las horas que la ley de la orden marcaba de no hablar. Las reglas las tenían todos que obedecer. Tenían que trabajar todos los días en lo que sabían o en lo que les mandaban hacer.

Francisco sabía cómo eran estas reglas y también las tenía que respetar mientras estuviera en el convento, por que podía salir una vez que hubiese hecho su trabajo. Aún tenía el manto que le diera el Obispo al despojarse de sus ropas, era lo único que poseía.

Le costaba comprender las reglas tan estrictas que los monjes llevaban, puesto que Dios tal cómo él creía era Dulzura, Alegría, Paz y Bien, no encajaba con todas aquellas reglas que todos tenían que obedecer al dedillo.

Si alguno no lo cumplía porque se le olvidaba, era castigado por el monje superior hacer un trabajo duro. Tuvieron que pasar algunos años para que Francisco se diera cuenta y comprendiera que las reglas eran necesarias para que todo fuera bien, y pudo comprender con sus propios ojos de que el ser humano es totalmente

indisciplinado, y de no ser así podría todo parecerse a un campo de batalla donde no hay reglas y cada uno puede tirar por donde quiere.

En casa de Clara todo parecía que estaba más tranquilo, porque Francisco hacía tiempo que se había ido y esta vez para siempre.

Los padres de Clara buscaban para su hija un joven rico y de buena familia. El otro joven que estuvo a punto de pedir su mano, no lo hizo por todo lo que pasó. El joven que buscaban ahora tenía que tener un título.

Le estaban haciendo nuevos vestidos para la primavera que estaba cerca.

Clara por el contrario estaba muy triste desde que Francisco desapareció del pueblo, pues nadie hablaba de él, porque no lo veían, pero en su pensamiento siempre lo tenía. Envidiaba a otras jóvenes cómo ella que podían elegir el hombre con el que se iban a casar. Envidiaba de ellas la libertad que tenían.

Pensaba en su vida, lo dada que la tenía a su gente y no poder salir del círculo que le habían marcado por pertenecer a la alta sociedad.

Tenía dieciocho años, y le parecía que lo había vivido todo, porque todo también lo desconocía al prohibirle prácticamente todo. Se había hecho a la idea de que siempre estaría en la misma situación.

Estaba segura de que si conseguían sus padres de casarla con algún joven, sería la esclava de él, y la tendría siempre encerrada en su casa, porque era muy bella. Ella que era igual que Francisco un espíritu libre pronto su belleza se marchitaría sino lo tenía cerca.

Las veces que se encontró con Francisco él sabía cómo aliviar sus penas. Con las frases bonitas que utilizaba, con su risa inocente e infantil, y con las poesías y canciones que hacía en su honor, para ella no había en la tierra un hombre mejor que él.

Su madre le habló de un joven guapo y rico que esperaba conocerla para pedir su mano, y poder casarse pronto.

Clara se sentía muy infeliz de pensar que se tendría que casar con un hombre que no quería. Cómo era tan decidida y sabía que no la vigilaban cómo antes. Una mañana salió de su casa al amanecer. Se dirigió al bosque donde ella creía que iba a encontrar a Francisco. Fue difícil de llegar por lo mal que estaba el camino, la noche pasada había estado lloviendo, y hundía los pies en el barro.

Cuando llegó al lugar donde esperaba encontrar a Francisco le salieron al encuentro enfermos de lepra. Clara no había visto de cerca antes a estos enfermos y al mirarles sus rostros y manos medio comidos por la enfermedad, no supo reaccionar y empezó a gritar

cubriéndose el rostro con sus manos al mismo tiempo que llamaba a Francisco.

Los leprosos al oír que ella llamaba a Francisco retrocedieron para evitar asustarla más.

Clara al ver este gesto que ellos tuvieron, el miedo se fue alejando de ella hasta que se quedó tranquila.

Empezaron a salir otros enfermos que estaban escondidos, también habían mujeres y niños.

Clara se pudo acercar a ellos y les preguntó.

- ¿ No tenéis casa donde dormir ?.

Una enferma guardando la distancia le respondió.

- No nos quiere nadie, al pueblo no podemos ir porque nos tiran piedras.

Clara de la pena que sentía lloraba, se puso de rodillas mirando al cielo. Dios le acababa de abrir una puerta muy importante para su evolución espiritual.

Los enfermos dijeron a Clara que Francisco no tardaría en llegar para llevarles un caldero con sopa que él mismo había hecho.

Francisco iba sosteniendo con sus dos manos el caldero de sopa que llevaba a los enfermos. Según iba avanzando vio que entre todos hacían un círculo y dijo.

- ¿ Que habrá sucedido ?, pronto lo sabré.

Cuando llegó a donde estaban, ninguno se percató de la presencia de Francisco, y para él fue glorioso ver a Clara que estaba en medio de todos de rodillas pidiéndole a Dios que sanaran de la enfermedad que tenían.

Francisco depositó el caldero encima de la hierba y esperó a que terminara de rezar la dulce y bella Clara. Cuando acabó de hacer sus oraciones y le daba gracias a Dios por haberlas escuchado, entonces fue cuando Francisco entró dentro del círculo. Clara abrió los ojos y lo vio delante de ella sonriente y con la mirada llena de amor.

Los dos se miraron tiernamente, en sus miradas habían la misma pregunta.

- ¿ Caminamos juntos en el sendero del Señor ?.

Clara tenía un carácter emocional, y cuando había algo que le gustaba mucho lo hacía ver, al igual que poseía un corazón generoso también lo demostraba dando. Si tuviese que volver de nuevo a su casa no le importaba ser castigada por sus padres, puesto que cuando hacía algo importante era con amor. Ella decía que el amor era el que nos libraba de todo mal.

Cuando Francisco entregó a los pobres enfermos el caldero de sopa la iban comiendo cada uno en su cuenco.

Le dijo a Clara que tenían que hablar, y los dos se fueron a sentar a los pies de un árbol. Clara deseaba hablar con Francisco y exponerle las razones por las que estaba allí. Cuando Francisco las escuchó le dijo.

- Le dices a tus padres que no puedes casarte con ese joven porque tú ya estás casada con Dios.

Al escuchar estas palabras el pecho de Clara palpitó con fuerza, cerró los ojos y por sus mejillas resbalaron dos lágrimas.

- Gracias Francisco, ¿ Qué sería de mí si no te tuviera ? -
Le respondió Clara emocionada.

- Ya ves que me tienes, y me tendrás siempre, y cuando te encuentres en momentos difíciles pídele al Señor con tus oraciones, como has hecho para estos enfermos.

También pídele al Señor por mí, para que pronto encuentre mi camino.

Clara se quedó sorprendida al oír esto último que Francisco le dijo, y le preguntó.

- ¿ Cómo puedo yo tan pequeña que soy a tu lado, pedir al Señor por ti ?.

A Francisco se le llenaron los ojos de amor, y le respondió.

- Mi dulce Clara, tú me superas en todo, porque tu alma es transparente cómo el fino cristal. Yo soy un hombre pecador, y créeme que he pecado mucho.

Francisco se quedó mirando la hierba pensando en lo que había sido su pasado. Clara lo observaba con ternura. Después de estar unos minutos así, ella le dijo.

- No veo en ti pecado alguno, sólo a un hombre maravilloso a quién nadie comprende.

- Es difícil entender el alma de una persona - Le respondió Francisco.

- Mi alma tampoco la entiende nadie - Dijo Clara.

- Yo sí - Le respondió Francisco.

- También yo comprendo la tuya - Es por eso que estamos los dos sólo aquí hablando - Repuso Francisco con una sonrisa.

- ¿ Francisco sabes lo que significa dos almas gemelas ?- Le preguntó Clara con curiosidad.

Después de estar Francisco unos instantes mirándola le respondió.

- Tu y yo somos dos almas gemelas.

- ¿ Hace tiempo que lo sabías ? - Le preguntó Clara emocionada.

- Desde la tarde que hablamos en el jardín de tu casa. - Le respondió Francisco mientras sonreía.

Clara lo miraba de diferentes maneras tratando de ver cómo podría ser en otros planos dos almas gemelas.

Francisco cómo sabía lo que estaba sucediendo reía feliz.

Clara también lo siguió y los dos reían cómo dos niños. Cuando se serenaron Clara dijo.

- ¿ Sabes que ahora también a mí me van a llamar loca ?, cuando me vean por la calle dirán ¡ Ahí va la loca !.

Los dos reían contentos. Pues Clara también tenía cosas graciosas, y cuando se encontraba bien con alguien hacía reír, de esa manera demostraba que estaba a gusto.

Se había hecho tarde, y Francisco temía por Clara por el castigo que sus padres le pudieran dar al haberse ido otra vez de su casa, y le dijo que tenía que volver porque se estaba haciendo de noche. La acompañó hasta un largo trecho, y después volvió con sus enfermos.

Cuando Clara llegó a su casa, encontró a sus padres enfadados, no salieron a buscarla porque suponían que había ido a ver a Francisco.

¡ Que amor más extraño había entre ellos dos ! - Pensaban sus padres.

Sus padres no le preguntaron donde había estado. Fue su madre quién la encerró con llave en su habitación para que no pudiera salir nada más que cuando ella quisiera.

Mientras tanto la guerra seguía, y los amigos de Francisco o los que fueron sus amigos estaban luchando en el campo de batalla. Lo echaban mucho de menos, por lo bueno, noble y alegre que era. Todos sentían nostalgia de que hubiese cambiado de esa manera, ninguno de ellos lo hubiera creído que ese cambio se produjera en él.

Ellos sabían que era verdad, pero les parecía imposible que Francisco trabajara para los pobres leprosos, y que pidiera por los pueblos, para ellos. Él que había sido un joven tan apuesto y coqueto dispuesto a conquistar las mujeres que le gustaban, y que de hecho conseguía las que se proponía.

Había veces que sus amigos se veían acomplejados al lado suyo. No le encontraban sentido a la nueva vida que había elegido, o bien estaba loco como se decía.

Francisco volvió a Asís, porque necesitaba ver de nuevo el crucifijo que había en la Capilla de San Damian. Recordaba el día que Dios le habló desde la cruz y que le dijo.

- Francisco deja las armas y trabaja para mi.

Estas palabras de Dios no las podía olvidar, siempre le estaban retumbando en su mente. Es por eso que quería ir para preguntarle al crucifijo, que clase de trabajo quería Dios que hiciera para Él.

Pasó por Asís sin pararse en casa de sus padres, pues era consciente que sus padres no eran los que tenía en la tierra. Había nacido en esa familia porque tenía que dejar un testimonio importante de Dios.

Mientras que iba cruzando el pueblo pedía una limosna a las gentes que se encontraba, y les decía.

- Hermano, paz y bien.

Se cruzó en la calle con su padre, y este al verlo lo insultó llamándolo de lo peor que se le puede decir a un ser humano, y lo humilló todo lo que pudo y más.

Francisco lo miró con pena sin responderle a nada. Sabía que las palabras que su padre estaba utilizando con él, lo conduciría a la destrucción.

Cuando llegó a San Damian, se arrodilló delante del crucifijo y lloró pidiendo por todos los pecadores, incluyéndose él también.

La capilla necesitaba que la arreglaran y le hicieran obras porque estaba medio caída. Con todas las piedras que pudo coger cerca de allí y otras que iba a buscarlas lejos, iba construyendo lo que se había caído.

El sacerdote que pertenecía a la capilla le daba de su comida para que tuviera algo de alimento, porque el esfuerzo que hacía cada día de ir a buscar piedras lo debilitaba mucho.

Francisco le pagaba al sacerdote todos los días la comida que le daba, no quería comer de gratis, pues el trabajo que estaba haciendo en San Damian lo hacía por Dios.

Iba cada día al pueblo a pedir limosna, y con ese dinero pagaba al sacerdote lo que le daba. La mayoría de veces que iba pidiendo, se encontraba con su padre. Este lleno de odio y rabia lo insultaba, y le pegaba patadas diciéndole.

- ¡ Quítate de mi vista ladrón ! - ¡ Un día de estos te mataré !.

Francisco iba a refugiarse en las personas mayores, sobretodo en los ancianos. Sabía que él no iba a ir donde estaban ellos para pegarle, o insultarle.

Después que su padre se iba, se ponía de rodillas delante del anciano que lo había salvado diciéndole.

- Hombre de Dios, bendíceme.

Francisco en donde mejor se encontraba era viviendo en la Naturaleza. Allí tenía muchos hermanos que lo querían de verdad. Unos eran los enfermos de lepra, y los otros los animales, les sabía hablar y se comunicaba con ellos. Tenía a los pájaros en un alto nivel, por tener alas y poder volar por el cielo, también porque sus moradas eran los árboles que también los consideraba sus hermanos.

Francisco se consideraba ser menos que los animales, que los árboles, que las plantas o flores.

Era tan verdadero y auténtico lo que sentía por todo lo que Dios había hecho, que creía ser otra florecilla más de la Creación. Era por eso que no llevaba calzado alguno para representar más a ese granito de arena que decía ser.

Tenía un gran interés por querer imitar a Jesús. Jamás olvidaba que Jesús era el Hijo de Dios, y que era inimitable, pero estuvo en la tierra enseñando a ser humildes y generosos con todo lo que tiene vida.

Francisco sólo trataba de imitar las cosas más sencillas que Jesús hizo. Era feliz haciendo lo mínimo, aunque deseaba sentir cómo un ser humano los dolores y las tensiones que Jesús sufrió a causa de los pecadores.

Se consideraba ser un gran pecador, es por eso que quería sufrir en sus carnes los sufrimientos que Jesús sufrió por él, pues decía que cuando fue joven pecó mucho. Era cómo pagar una deuda que tenía pendiente con Dios.

Cuando tuvo acabado el trabajo de construcción de San Damian, pensó que todavía había más para hacer reparación. Era Santa María de los Ángeles. También estaba medio derrumbada y necesitaba de alguien para ponerla bien.

Francisco pensó de ir a vivir a Santa María de los Ángeles, y de esa manera la iba reparando día a día.

A un lado de esta capilla hizo una residencia pequeña para él. Puso un altar a su modo e ideas que le venían. En donde había hecho su altar, se quedaba ratos libres que tenía orando y hablando con Dios.

Gentes que iban a orar a Santa María de los Ángeles vieron que Francisco había hecho al lado su propia capilla y veían a rezar. Ellos también entraban y rezaban con él. Pronto hicieron correr la voz de que Francisco había hecho un altar y que se estaba muy bien allí.

Él llamó a esta capilla o altar que hizo, la Porciúncula, que quiere decir, pequeña porción por lo pequeña que era. Decía que el hombre no necesitaba mucho más para vivir.

Francisco empezó a predicar las palabras de Dios, pero eran pocos los que escuchaban. Parecía que no hubiese necesidad de Dios, pues las personas buscaban sobretodo el materialismo.

La gente que iban a la Porciúncula no era mucha porque no creían en lo que Francisco predicaba. La mayoría lo conocían, y también la vida que había llevado en su juventud, y todo lo que sucedió con sus padres.

Pues se iba a las plazas de Asís y de los pueblos más cercanos y hablaba de Dios con una fe arrolladora, porque todo lo que decía sobre Jesús o de la Virgen lo sentía cómo latía dentro de su corazón, y hacía a la gente estremecer. Sobretodo practicaba la humildad y todo lo

que decía lo hacía con palabras humildes dejando en todos los que lo oían mucho amor. Esto hizo que las personas que lo conocían creyeran más en él, y lo quisieran seguir.

Su amigo Bernardo había venido de la guerra y como era un hombre rico poseía una gran mansión. Cuando se enteró que vivía en la Porciúncula, lo fue a ver ofreciéndose para todo lo que Francisco necesitara. A cambio le ofrecía también de que dejara esa vida de pobre que llevaba y trabajara con él en su hacienda.

Francisco se negó diciéndole que había encontrado el camino que tanto había buscado. Entonces lo invitó a que pasara unos días en su casa. Quería ver con sus propios ojos que lo que Francisco le decía era verdad. Ya se daría cuenta cuando le pusieran una buena mesa para comer y un buen dormitorio para dormir, si querría después volver a esa vida pobre y triste que tenía parecida a la de los mendigos.

Francisco ahora vestía con un hábito de monje que le habían dado ya usado. Cuando llegó a casa de Bernardo caminaba descalzo y en silencio. Bernardo para observarlo mejor hizo poner su cama en su mismo dormitorio. Mandó hacer una succulenta cena en honor a Francisco.

Por la noche cuando los dos creían que dormían, Francisco se levantó de la cama, y se puso de rodillas con los brazos en cruz diciendo.

- ¡ Dios mío, porqué me tienen que probar, porqué buscan que me aparte de ti Dios mío, si eres lo más hermoso y bello que he podido encontrar !.

Bernardo estaba despierto y escuchó estas palabras por boca de Francisco. Se encontró muy mal consigo mismo, se dio cuenta de que había ido más lejos de lo que pensaba. Se levantó de su cama y cogiéndolo por los brazos lo levantó y le dijo.

- Perdóname por esta falta de respeto y de incredulidad que he tenido hacia ti. Mañana mismo te llevaré donde tu resides, y espero que esta torpeza mía Dios me la sepa perdonar. También te pido perdón a ti.

Francisco volvió otra vez a ponerse de rodillas y en esta posición le respondió.

- Hermano yo te perdono, y te perdoné antes de venir a mi casa, porque sabía para qué me traías.

Bernardo sintió un dolor en su pecho y lloró. Ayudó a Francisco a que se pusiera en pie.

Cuando amaneció lo subió en su caballo para dejarlo en la Porciúncula.

Bernardo estuvo bastantes días pensando en Francisco en su vida dada a Dios que llevaba y en todas las buenas obras que hacía. Dentro de él sentía mucho remordimiento porque había sido injusto e incluso traidor también con su mejor amigo, y mejor hombre

que conocía, lloraba pensando en esto. Un día decidió ir a verlo, necesitaba hablar con él y estar a su lado. Había cogido la decisión de seguir a Dios como Francisco lo hacía y cuando llegó le dijo.

- Francisco amigo mío, enséñame como debo seguir a Dios.

Francisco le respondió a esto, lo mismo que Jesús le dijo a un rico que le preguntó.

- ¿ Maestro que debo hacer para seguirte ?.

- Da todo lo que tienes a los pobres y de esa manera me podrás seguir - Le respondió Jesús.

Bernardo comprendió que se tenía que deshacer de todos sus bienes materiales para alcanzar los espirituales.

Le pidió a Francisco que le ayudara en esa tarea, y a los pocos días entre los dos repartieron a todos los pobres y los más necesitados todo lo que poseía, y se fue a vivir con Francisco a la Porciúncula. También se unió a ellos el sacerdote que decía misa en Santa María de los Ángeles. Su nombre era Pedro, y hacia tiempo que pensaba en seguir el camino de Francisco. Pues su vida era aburrida haciendo cada día lo mismo. Las veces que observó a Francisco vio en él que era feliz, se pasaba ratos del día cantando canciones con alegría, y en su boca siempre había una sonrisa. Él también quería ser feliz como lo era Francisco.

En todo Asís y sus alrededores conocían bien a los tres monjes, porque salían a las calles y plazas para hablar de Dios.

Eran envidiados por otros jóvenes que se sentían solos, y buscaban la alegría que ellos llevaban consigo.

Se unió también a ellos otro joven de nombre Gil. Era sencillo y honesto en la búsqueda Divina. Este joven conocía bien a Francisco y toda su vida que había tenido antes, porque había nacido en Asís.

Poco a poco iban llegando jóvenes para entrar en la orden que Francisco estaba formando. La Porciúncula se hacía pequeña para acogerlos a todos.

La regla todavía no la había puesto, y hacía según está escrito en los Evangelios. Hacía todo lo que Jesús dijo que se tenía que hacer para alcanzar el Reino de Dios.

Al ser todavía pocos no tenía problemas con ellos. Todo fue cuando llegaron más hermanos, y algunos no le querían obedecer y hacían a su antojo lo que les apetecían.

Francisco le puso un nombre a su congregación, dijo que se llamaría: Hermanos menores. Les dijo que este nombre era bueno para que nadie de ellos creyeran que eran alguien importante. Había gente que venían para pedirles que rezaran por un familiar que estaba enfermo,

esto hacía que alguno de ellos pensarán que eran superior a estas personas, y para que esto no sucediera hizo que la orden se llamara Hermanos menores.

Francisco siempre daba ejemplo de humildad y de amor hacia su prójimo. Todos tenían con él un bonito espejo en donde mirarse.

Francisco también les dijo, que el Señor le había revelado que tenían que salir fuera de Asís a predicar, que la predicación la tenían que hacer por toda la tierra. Les dijo que para Dios era más importante llevar su nombre con la Palabra, que estar en la capilla todo el día orando. La Palabra era más directa para entrar en el corazón de las personas.

Entonces dedicaron un tiempo a la oración porque también es importante, y más tiempo a la predicación por ser más necesaria.

Clara lo había decidido, estaba segura de lo que realmente quería, y una madrugada de frío invierno se fue de su casa saliendo por la puerta trasera. Cuando llegó a la Porciúncula, llamó fuerte con sus dos manos. Como era de madrugada todos dormían. Francisco dormía muy poco y cuando escuchó aquellos golpes, fue a ver si era alguien que necesitaba ayuda. Al abrir la puerta vio frente a él a la dulce Clara. ¡ Qué sobresalto se llevó, ella estaba allí !. Iba cubierta con una capa gruesa tapando su cabeza con la capucha. Los labios los llevaba cortados por el frío y por la nieve que caía.

Francisco estaba sorprendido pues no se esperaba que Clara estuviera llamando allí a esas horas. Muy amable le hizo un gesto para que entrara aprisa.

Los dos se miraron con amor Celestial. Francisco le preguntó con tono suave.

- ¿ Que has hecho criatura ?.

Clara no podía más y rompió a llorar. Su llanto la fue calmando, fue cómo un desahogo que tuvo que hacer. Francisco la dejó que llorara todo lo que quisiera para que después se encontrara mejor.

Seguidamente fue a despertar a los demás hermanos que dormían para que estuvieran con ellos, y nadie pudiese hablar mal, sobretodo de Clara.

Estuvo toda la noche buscando soluciones para ver de que manera iba a socorrer.

Al día siguiente por la mañana, una sirvienta fue a decirle a la señora Sciffi que Clara no estaba y que se había ido, pues la puerta trasera estaba abierta.

Esta vez sus padres no sabían a donde había ido, pues lo que menos pensaban era que estuviera con Francisco, porque ahora era un hombre que vivía para Dios, y además que estaba viviendo en comunidad con otros frailes. Tampoco descartaban la idea de que pudiese ser posible.

Decidieron dejar pasar el día para ver si Clara volvía como había hecho otras veces.

Ese mismo día por la mañana en Santa María de los Ángeles, nadie había dormido la noche anterior, por tener que estar todos los hermanos cerca de Francisco y de Clara. Todos estaban en el patio de la Porciúncula, sentados en el suelo con la espalda apoyada en la pared medio dormidos.

Francisco le preguntó a Clara.

- ¿ Has venido para quedarte ?.

- Vendré para quedarme cuando llegue la primavera, y los rosales den rosas - Respondió Clara.

Cerca de ellos había un rosal seco por la época que era, y de pronto empezó a florecer y crecieron rosas de una gran belleza. Todos los que allí habían pudieron ver el milagro. Seguidamente Clara le pidió a Francisco que le cortara su larga melena, porque la Madre Naturaleza había querido que el rosal floreciera haciendo ver que la primavera había llegado para que se quedara con él.

Francisco delante de todos los hermanos cortó los cabellos de Clara, convirtiéndola en una hermana más, que sería la primera hermana de la orden.

Estaba anocheciendo, y en vista de que Clara no volvía, fueron sus padres acompañados de otros familiares a Santa María de los Ángeles para ver si Clara estaba allí.

Todos los hermanos estaban orando y cantando canciones al Señor. Clara también estaba con todos ellos. De pronto, la puerta se abrió bruscamente apareciendo sus familiares.

Todos seguían cantando como si nada fuera con ellos. Uno de los familiares de Clara se acercó a ella y cogiéndola por la mano la quiso sacar a la fuerza de allí.

Cuando Francisco advirtió lo que estaba sucediendo, y que en parte lo estaba esperando, hizo a todos una señal para que pararan de cantar. Ya en silencio Clara dirigiéndose a sus familiares se descubrió la cabeza quitándose la capucha y les dijo.

- Pertenezco a Dios, deseo vivir en la paz y en el bien.

Sus familiares al ver que los cabellos los tenía muy cortos, y que su rostro estaba sereno rebosando de bienestar, realmente se dieron cuenta de que estaban delante de una cruda realidad para ellos, y que no podían por la vía salvaje que habían utilizado, llevarse a Clara.

Ella los miraba con pena. Sus padres se dieron cuenta y se fueron de Santa María de los Ángeles, con una gran tensión de no haber podido lograr sus deseos. Estaban seguros de que a Clara la habían perdido para siempre, pero tratarían de vengarse de alguna manera.

Al día siguiente el padre de Clara fue a denunciar a Francisco por raptó. Los trámites se llevaron a cabo.

Los padres de Francisco fueron muchas veces molestados y ultrajados por los familiares de Clara. La señora Bernardone lo sufría todo en silencio, puesto que nada podían hacer, ellos no tenían contacto con su hijo, y tampoco querían saber nada de él.

Como Clara era la única mujer que había en la orden de Francisco, y las acusaciones eran cada vez más grandes sobre él, decidió que se fuera por una temporada hasta que pasara todo este lío que había, a un monasterio de monjas benedictinas que se encontraba cerca de la Porciúncula.

Cuando la justicia fueron a registrar Santa María de los Ángeles para llevarse a Clara, ella ya no estaba. Francisco les dijo que se habían hecho cargo de ella las monjas del Monasterio de San Pablo. De esa manera todo quedó bien.

En Asís se formó otro revuelo con lo que había sucedido con Clara. Muchas eran las jóvenes de su edad que la querían seguir, y la primera en hacerlo fue su hermana Inés. Después la siguieron amigas que Clara tenía. Más tarde se integró también su madre después de que el padre de Clara muriera.

Como eran ya muchas hermanas las que habían. Francisco decidió que se fueran a vivir a San Damian. A la nueva Orden le puso el nombre de Damianistas, y también Clarisas por pertenecer a Clara.

En Asís todo el pueblo estaban contentos de que hubiesen mujeres que buscaban a Dios, al igual que lo hacían los hombres.

Eran muy respetadas por todos y muchas personas iban para verlas a San Damian. Las veían contentas y felices, y muchas mujeres eran las que entraban en la orden, pero se había hecho pequeño y no cabían más.

Todos los domingos iba Francisco acompañado de otro hermano para celebrar la misa, era Francisco quien la hacía. Clara y todas sus hijas estaban muy contentas cuando llegaba este día, porque se cantaba mucho.

Francisco decía que la canción y la música llegaba más a Dios, junto con la poesía Divina. Los días que no eran festivos Clara hablaba a sus hijas de Dios, y lo hacía con un gran fervor. Ella también sabía hablar de Dios, porque había estado criada en la fe cristiana. También había oído mucho hablar a Francisco y seguía sus pasos. Utilizaba palabras grandiosas y Divinas. Francisco la había oído muchas veces y le decía.

- No lo has aprendido de mí, sino que al nacer lo traías.

Clara tenía que tomar una decisión, porque el monasterio de San Damian se había quedado pequeño, por todas las nuevas hermanas que entraban. Decidió de enviar a su hermana Inés como abadesa al monasterio de Monticelli. Clara y su hermana Inés se querían mucho, y la separación que tuvieron fue grande, tanto la una como la

otra se habían quedado tristes. Clara tenía un carácter alegre y cuando tenía ganas de cantar lo hacía.

Ahora Inés al darle un cargo más importante tenía miedo de no saber hacerlo bien. Tampoco su madre la tenía con ella porque se quedó con Clara. Para Inés fue un cambio brusco que le hizo más mal que bien.

Clara le escribía amenudo unas cartas llenas de amor y de consuelo que fortalecían el corazón de Inés, pues le hacía falta por todas las luchas que le había tocado vivir día a día con la responsabilidad que tenía.

Francisco hacía sus salidas con otros hermanos cada vez más lejos. Por donde pasaban iban siempre cantándole canciones a Dios, y a la Madre Naturaleza. Le decía a sus hermanos que la mejor predicación que se podía hacer era cantar, porque de esa manera las personas prestaban oídos a las canciones y podían conocer mejor a Dios, y amar a la naturaleza.

Se encontraban también con gente que no eran nada buena, pues los habían que no les gustaban oírlos cantar, y les tiraban piedras creyendo que eran gamberros, también en esa época los conocimientos de Dios en las personas humildes eran pocos.

Francisco no se detenía ante estas humillaciones, es más, les decía a los hermanos que cantaran más fuerte, porque era una prueba que el Señor les estaba dando para ver si la fuerza que tenían era espiritual.

Volvieron a la Porciúncula, y algunos hermanos todavía se quejaban de las pedradas que habían recibido, pues

algunos llevaban heridas en la cabeza, otros en la espalda y otros en las piernas.

Era una noche de frío invierno, y había una gran tempestad. Francisco les dijo alegremente para animarlos.

- ¡ Vamos hermanos a predicar de nuevo !.

Uno de los frailes algo confuso, por lo que les acababa de ocurrir y por el agua que estaba cayendo le preguntó.

- ¿ En verdad quieres que salgamos ahora ?. Toda la gente está durmiendo porque es de madrugada, y los vamos a despertar, entonces no serán piedras las que nos van a tirar, sino que nos darán una gran paliza que nos acordaremos para siempre.

- No es para la gente que vamos a cantar, sino para la hermana lluvia, ella también necesita nuestras canciones. La hermana lluvia con nuestros cánticos aplacará los corazones de quién no nos quiera oír, y ella les dará comprensión a todos los que no nos quiere - Le respondió Francisco ilusionado.

Ningún otro hermano dijo nada. Se pusieron en pie y salieron de la Porciúncula siguiendo a Francisco en la dirección que había cogido, también lo siguieron con las canciones que hablaban de todas las cosas a la hermana lluvia, y lo cantaban en francés. Este idioma lo hablaba bien, y también conocía las canciones que se cantaba en

Francia para agradecer a Dios todas las cosas buenas que les daban.

Habían estado toda la madrugada andando por las calles y por los campos cantando y nadie les salió para decirles que se callaran. La hermana lluvia había cogido el mensaje que Francisco y los demás hermanos le dieron.

El día amaneció frío pero con un sol que cubría la tierra por la fuerza tan grande que emanaba con sus rayos luminosos.

Volvieron a integrarse nuevos frailes en la orden. Francisco cuando veía a un hombre por primera vez, sabía si era bueno para buscar a Dios, o por el contrario no quería saber nada de eso.

Cuando miraba a un hombre lo hacía directamente a los ojos, y lo saludaba diciéndole: Hermano, paz y bien.

De esta manera tocaba su corazón y todo giraba maravillosamente a su alrededor, viendo este hombre como nacía a la vida.

Un día por la tarde Francisco reunió a todos los frailes que habían con él. Una vez todos estaban sentados Francisco les dijo.

- A partir de estos instantes, mi nombre será el pobrecillo, y voy a contraer matrimonio con la Señora Pobreza. Así es que cuando alguien os diga quien os dirige, vosotros responderéis: Somos discípulos del

pobrecillo. Y si os preguntan: ¿ Tiene esposa ? - Le responderéis: Está casado con la Santa Pobreza.

Ninguno preguntó nada, y bajaron la cabeza en señal de humildad.

Este gesto se lo enseñó Francisco para que todos lo hicieran como si llevaran una piedra atada al cuello.

Ninguno le preguntaron el porqué de ese nuevo nombre que se había puesto, pues sabían que lo había hecho por amor a Jesucristo. También sabían porqué de casarse con la Santa Pobreza, era Clara ella lo dejó todo para ir a vivir en lo más pobre.

Clara también se había casado con el pobrecillo porque para ella representaba a Jesús en la tierra, y se había desposado con el Señor.

Francisco tenía doce discípulos que dirigía con mucho amor, pero uno de los doce no entraba en razones cuando Francisco le decía algo que tenía que hacer.

Un día dándole una orden, este discípulo se puso a discutir con él amenazándolo. Francisco le dijo.

- Hermano si no te enmiendas poco tienes que hacer aquí con nosotros, porque pondré una regla y todos tendréis que obedecerla, porque Dios nuestro Señor así lo quiere.

Volvieron a entrar más frailes en la orden, y como no había sitio para todos, Francisco los envió al campo de los leprosos para que cuidaran de ellos, e hicieran lo mismo que él hizo cuando empezó.

Había cobrado mala fama por hacer tanta pobreza. El obispo que había en Asís le mandó a que fuera para hablar de ese tema. Los familiares de los frailes y de las Clarisas temían por la vida y la salud de todos.

Francisco y Clara esto de la pobreza lo llevaban a raja tabla, y se tenía que hacer lo que él o ella decían. La gente cuando veían por la calle a Francisco, lo insultaban diciéndole las peores cosas que hay, incluso le pegaban y lo maldecían.

Este discípulo que no se portaba bien, iba hablando de todos muy mal, pero del peor que hablaba era de Francisco. Decía que era el que decía lo que se tenía que hacer. Lo decía porque le tenía envidia. También sucedió lo mismo con el discípulo que vendió a Jesús.

Francisco quiso parecerse al Maestro cogiendo doce discípulos a su lado. Sabía que uno de ellos se portaría mal con él, y que terminaría de la misma manera.

A causa de todo lo que hablaban y se murmuraba de él en Asís y sus alrededores, decidió de ir a Roma para exponérselo al Papa. De esa manera terminarían las críticas que hacían, y dijo quien iría con él, y quien se quedaría. Entre todos los que nombró, iba con él Bernardo, pues conocía bien el camino que conducía a Roma. Tenían que pasar por montañas y veredas peligrosas, porque todo era bosque. Iban contentos y

cantando canciones a Dios. Llevaban con ellos una gran felicidad, y sus corazones los tenían llenos de amor.

Cuando llegaron a Roma fue el Cardenal Juan de Pablo quien los recibió. Cuando Francisco expuso la razón de su visita, el Cardenal le dijo.

- La pobreza que hacéis es muy estricta para el cuerpo, pues se necesita más alimento para poder vivir.

Francisco no estaba de acuerdo con lo que el Cardenal le dijo y le respondió.

- Sí tuviéramos que almacenar solamente unos pocos víveres, necesitaríamos armas para guardarlos, porque en donde vivimos hay mucha pobreza, y se tendría que luchar con la espada para defender una despensa de comida.

El Cardenal encontró razonable la respuesta de Francisco y le dijo.

- Estoy de acuerdo con lo que dices, vete tranquilo porque ya me encargaré de toda la labor que estáis realizando.

Todos los hermanos que acompañaban a Francisco quedaron muy contentos con el trato que recibieron, y también de la manera que Francisco se expresó.

El Papa llegó a saber en la pobreza que vivía esa nueva orden, y pidió que Francisco fuera ante su presencia. Cuando lo tuvo delante sintió vergüenza de cómo ellos comían y vestían, de la vida tan rica que llevaban. Vio en Francisco a un hombre Santo, lo más allegado a lo que fue Jesucristo en la tierra.

Se acercó a él y lo abrazó sin importarle los harapos viejos que llevaba puestos, y le dijo.

- Te doy mi aprobación en todo lo que hagas.

Francisco se sentía feliz mientras sonreía. El Papa al ver en él tanta felicidad le preguntó.

- ¿ En qué te inspiras para buscar a Dios ?.

- ¿ Esto me lo preguntáis a mí ? - Le respondió Francisco con la mirada llena de amor.

- Sí hijo, pues aunque veas que yo esté más alto que tú, no he logrado llevar en mi rostro tanta felicidad como tú tienes - Le dijo el Papa.

- Quizás para mi sea fácil porque a Dios lo veo en la naturaleza. En los pájaros que vuelan, en los árboles, en las flores y en todo lo que tiene vida. Todo eso para mi es Dios - Le respondió Francisco.

El Papa lo miraba pensando en lo que le había revelado y después le respondió.

- Estás en lo cierto, y dichoso te puedes llamar al poder salir fuera y contemplar tanta belleza que Dios ha hecho.

Todo el pueblo de Asís se habían quedado más tranquilos desde que Francisco fuera a Roma y hablara con el Papa.

Llegó la Navidad y el obispo de Asís le pidió a Francisco de que fuera él quien celebrara la misa del nacimiento de Jesús.

La iglesia estaba llena de gente a rebosar. Cuando Francisco puso al niño Jesús en el pesebre, mientras lo hacía un niño Jesús auténtico y Celestial se quedó en sus brazos. Estaba muy emocionado, y cantaba canciones al recién nacido con lágrimas en los ojos.

Todos los feligreses que abarrotaban la iglesia vieron que en Francisco había mucho amor. También ellos lo acompañaban en las canciones haciendo un gran eco que se oía por todo el pueblo.

La mayor parte de la gente que vivían en Asís, querían ser igual que Francisco, y todos los frailes que lo seguían.

Habían llegado a la orden matrimonios con hijos y otros sin ellos. Estos últimos querían ir por la tierra predicando la Palabra de Dios.

A todos estos matrimonios que llegaban nuevos, Francisco le quería poner otro nombre a esta orden por ser personas casadas. Les dio para vestir un hábito color tierra. Eran muy felices, y vivían con las normas que dicta el evangelio.

Hacía dos años que Clara vivía en San Damian con sus hijas, como ellas las llamaba. Era por la mañana un día de primavera. Clara cada mañana iba a ver cómo crecía su jardín, por la época que era todas las flores estaban creciendo con una gran belleza. Mientras que estaba contemplando y hablando con sus hermanas las flores llamaron a la puerta del monasterio. Una hija de ella fue a abrir. Era un fraile que siempre iba con Francisco, un hombre bueno y honesto, también muy risueño, siempre tenía una anécdota que contar. Clara lo encontraba muy simpático y se reía mucho con él.

A los pocos minutos vuelven a llamar de nuevo a la puerta, y fue Clara quien abrió, y se encontró con otro fraile que también era muy querido por Francisco por que Clara lo vio en una visión que tuvo de él cómo un hombre Santo, y se lo comunicó a Francisco.

Clara a estos dos frailes los quería mucho, sabía que caminaban por la senda del Señor. Cuando los tuvo delante comprendió que eran un regalo que le quería hacer Francisco por ser el segundo año que llevaba de Madre en San Damian.

Uno de los frailes se llamaba Maseo. Este hacía mucho reír con las salidas y respuestas que tenía. En él no había malicia alguna.

El otro era Fray Silvestre. Este hombre era para Francisco junto a Clara lo más importante que tenía, porque cuando Clara y él estaban juntos tenían grandes revelaciones y muy importantes que Dios les daba.

Era Francisco tan humilde, que había veces que con su vida no sabía que hacer, pues no estaba seguro si había elegido bien o por el contrario se había equivocado, y mandaba a Fray Silvestre que era un clarividente al igual que lo era Clara, miraban si había una revelación para él y se lo decían.

Los tres estaban sentados en un banco del jardín, y tanto Clara como Silvestre sabían lo que Francisco quería.

Los dos se pusieron en conexión con Dios hasta que les reveló lo que Francisco tenía que seguir.

De vuelta a la Porciúncula Francisco recibió con entusiasmo a los dos monjes. Después de que hubiesen descansado por el trayecto que habían recorrido de camino Francisco les preguntó.

- ¿ Qué mensaje traéis para mí ?

- El deseo de Dios es que vayas hablando de Él por toda la tierra, llevando su Palabra - Le respondió Fray Silvestre.

Francisco bajó la cabeza en señal de humildad, y seguidamente fue a la capilla a orar.

Francisco había cogido de acompañante inseparable a Fray León, más bien conocido entre todos ellos como “ la oveja de Dios “. Este nombre se lo había puesto Francisco, por lo bueno y auténtico que era, hacía todo lo que él le decía, era un hombre con una paciencia y bondad grandiosa.

Francisco salió con Fray León a predicar en los pueblos que no habían estado antes.

Después de estar los dos caminando varios días, tenían sed, y más lejos había un pozo. Estaba anocheciendo, cuando llegaron vieron que el pozo estaba lleno de agua. Francisco se incorporó para beber pero no lo hizo, miraba en el fondo del agua y sonreía, así estuvo unos minutos. Después decidieron irse de allí.

Mientras caminaban Fray León le preguntó.

- ¿ Porqué no has bebido agua del pozo ?.

- Es que he visto algo reflejado en el fondo - Le respondió Francisco.

- ¿ Has visto reflejada a la hermana Luna ?.

- No, he visto el bello rostro de Clara - Le respondió Francisco.

A Clara siempre la llevaba en su pensamiento, decía de ella: Gracias a que la tenía cerca y la podía ir a ver. Miraba a Clara como la flor más hermosa que había en

el jardín - Dios es lo primero para mi y después Clara. Eso era lo que revelaba a todos sus hermanos.

Cuando regresaron a la Porciúncula, Francisco le dijo a un fraile que fuera a San Damian para hablar con Clara y le diera un mensaje suyo. Ella lo recibió como siempre hacía con mucho cariño, pues sabía que si venía un fraile a verla era para traerle noticias de Francisco.

- Madre Clara, nuestro padre Francisco me ha pedido que venga para preguntarle si necesita algo de nosotros - Le dijo el fraile.

- Dígale hermano que lo que necesito es poder comer un día con él - Le respondió Clara.

Poco tiempo estuvo el fraile en San Damian, puesto que llevaba un corto mensaje, y tenía que coger una respuesta. El tiempo que descansó del trayecto y bebió un vaso de agua para refrescarse.

Francisco llevaba las reglas muy rectas, y como antaño se había hablado mucho de ellos, de que si estaban enamorados el uno del otro, y cosas peores. Pues no quería levantar nuevas habladurías y se negó a la proposición que Clara le hizo.

Los frailes no veían con buenos ojos esta manera de actuar de Francisco, puesto que Clara era quien pedía verse para compartir su comida con él, además que nada de malo tenía que se vieran de tanto en tanto, puesto que

la gente de Asís ya sabían como eran, también la madre de Clara vivía en el monasterio con ella, y la mayoría de la veces estaba a su lado.

Francisco no lo hacía por él, sino por Clara para que no la fueran a mirar mal. Tampoco él estaba bien por dentro por la manera que era, y por las ganas que tenía tan grandes de verla.

Formó un concilio con los demás frailes y les preguntó.

- ¿ Debo ir a ver a la madre Clara y estar un día con ella ?.

- ¡ Sí claro que tienes que ir ! - Cuando tú la necesitas mandas a alguno de nosotros para pedirle consejo, ahora es ella la que te quiere ver, y no se lo puedes negar - Le respondió un fraile representando a todos los demás.

Francisco tuvo que estar convencido para decir que iría, pero no sólo, otro hermano lo tendría que acompañar, para no despertar inquietudes en la gente. Mandó a un fraile a San Damian para que acordara con Clara que día deseaba ella de que se vieran.

Llegó el día acordado, Francisco estaba radiante de felicidad porque Dios le daba la oportunidad de poder ver a Clara y comer con ella.

Llamó a la puerta de San Damian, iba acompañado por uno de sus discípulos.

Clara lo estaba esperando en el jardín, también acompañada por una hija suya.

El encuentro fue de lo más hermoso que se pueda contar, por el amor celestial que sentían los dos, y también por el cariño que se tenían. Es cierto que Francisco había estado enamorado de Clara cuando era joven y no pensaba meterse en un monasterio. Había que ser muy necio para no enamorarse de ella, porque poseía una gran belleza.

Para Clara también fue su amor platónico Francisco, pues ninguna mujer se podía resistir a sus encantos. Se sentaron en banquetas que habían en el jardín. En sus miradas habían destellos de luz de todos los colores. En ellos quedaba ese amor que jamás pudo ser por pertenecer a la misma condición de amar a Dios sobre todas las cosas.

Clara necesitaba hablar con Francisco y compartir el sufrimiento que estaba pasando a causa de su hermana Inés. En donde la había enviado no era feliz, porque entre las demás hermanas había mucha desavenencia, y los días para ella eran largos y duros de llevar.

Francisco escuchaba todo lo que Clara le decía con mucha atención. Cuando ella hizo una pausa Francisco le preguntó.

- ¿ Tu salud es buena ?.

- Es saludable, no me puedo quejar gracias a Dios - Le respondió Clara.

- Ten cuidado de no caer enferma a causa de todo este sufrimiento que estás pasando por tu hermana Inés - Le aconsejó Francisco.

- Ella está muriendo poco a poco cada día que pasa, y no puedo detener mis lágrimas - Le respondió Clara llorando.

Francisco miraba a otro lado, no quería verla llorar pues le causaba mucho dolor de ver a Clara, a su virgen adorada sufrir. Él también lloró, pues no lo pudo evitar, el dolor de Clara era también el suyo.

Francisco nada podía hacer al respecto, lo único que se podía permitir era sufrir con Clara y compartir las pruebas que Dios les mandaba. Él también tenía mucho sufrimiento con la mayoría de los frailes que conducía. Les tuvo que hacer unas reglas para que se cumplieran como él las había escrito.

Al discípulo que se portaba mal, le tuvo que decir que abandonara la Porciúncula y la orden porque sólo quería hacer su voluntad, y no escuchaba lo que su padre espiritual le decía.

Más tarde encontraron a este discípulo colgado de un árbol.

Esto fue un golpe muy fuerte para Francisco, que no paraba de pedirle a Dios por el alma de ese fraile que había sido tan rebelde.

Un día estando Francisco orando en la capilla le vino una canción nueva y se puso a escribirla decía así.

“ Altísimo Señor, bueno y Omnipotente, a Ti alabo glorifico con honor y toda bendición. A Ti sólo Altísimo conviene, y no hay nombre digno de hacer tu mención. Seas alabado Señor y todas tus criaturas, y en especial el hermano Sol, por quien se hace el día y tenemos luz es bello y radiante y de gran esplendor.

Seas alabado Señor por la hermana Luna, y por las estrellas que en el Cielo formaste, claras, lindas y bellas.

Seas alabado Señor por el hermano viento, por el aire sereno o nublado de todo tiempo, del que tus criaturas reciben alimento.

Seas alabado Señor por la hermana agua, que es útil, humilde, preciosa y casta.

Seas alabado Señor por el hermano fuego, que de noche ilumina porque es fuerte, alegre robusto y bello.

Seas alabado Señor por la hermana tierra, que nos nutre y nos gobierna, produciendo tan variados frutos, flores de muchos colores e hierbas.

Seas alabado Señor, por lo que en ti perdonan, los que por tu amor soportan enfermedades y tribulaciones.

Bienaventurado quien las lleve en paz, que Tú Altísimo le habrás de coronar.

Y sé alabado Señor, por nuestra hermana la muerte corporal, a quien ningún ser viviente puede escapar.

Y ¡ ay de aquél que muere en falta mortal !.

Dichosos los que acierten tu Santa Voluntad, que la muerte segunda no les hará mal.

A mi Señor Alabar y bendecir, porque quiero darte las gracias con gran humildad. “

Cuando acabó Francisco de escribir esta poesía para alabar a Dios por todo lo creado, y dándole las gracias de poder hacerse servir de todo lo que en la tierra había. Empezó a cantarla con esa voz de tenor que tenía.

Los frailes al oírlo empezaron a llegar, y acercándose a él, vieron y admiraron la belleza angelical que radiaba su rostro.

Era un amor tan grande lo que sentía por Dios y por su Creación, que era por eso que se veía tan insignificante al lado de todo lo que tenía vida. Todo lo que había a su alrededor fueron aves, y otros animales, árboles y flores, se creía inferior por ser un pecador, y muchas veces eran las que se insultaba él mismo llamándose de los peores nombres.

Hizo una reunión con los demás frailes y les dijo que lo primero que tenía que hacer era ir a tierra Santa para darle allí en donde nació Jesús las gracias por todo lo que iba encontrando, y de lo que estaban creciendo en espíritu. Después de obtener la bendición de Dios, irían

por tierras desconocidas sembrando el amor. Francisco mandó un fraile a San Damián, para que le diera un mensaje a Clara, y le dijera que iba a estar ausente por un cierto tiempo, y que en la Porciúncula se quedaban otros hermanos. Si necesitara algo de ellos se lo podía decir al fraile que iba a celebrar la misa los domingos a San Damián.

El día de la partida llegó. Fray León iba siempre acompañando a Francisco en sus viajes.

Salieron de la Porciúncula una mañana antes de que amaneciera. El camino era largo, pues tenían que llegar hasta el mar, y allí coger una barca que los llevarían a Tierra Santa. Habían guardado las últimas limosnas que les habían dado para hacer este viaje.

Cuando llegaron a tierra Santa fueron a visitar los lugares donde estuvo Nuestro Señor Jesucristo.

Francisco lo sentía todo de tal manera que se veía reflejado en la vida que Jesús llevó en la tierra.

Le había sucedido cosas muy parecidas a las que le pasaron a Jesús.

Francisco también había tenido un discípulo que le hizo la vida imposible el tiempo que estuvo con él. Ahora tenía a Fray León, que para Francisco era lo que Juan fue para Jesús.

Fray León hacía de confesor de Francisco cuando se lo pedía. Era todo obediencia y transparencia. Era lo que Francisco decía de él, una oveja de Dios.

En tierra Santa conocieron a otros monjes que pertenecían a otra orden cristiana, y también les dejaron sus semillas.

De vuelta a Santa María de los Ángeles, Francisco vio que el monasterio se había llenado de más gente que querían ser frailes. Como no había sitio para albergarlos a todos, habían construido fuera del monasterio chozas con cañas, y vivían allí haciendo frío o lloviera, la fe que tenían en Francisco era grande. En estas cosas era cuando Francisco se daba cuenta de quién realmente lo quería seguir. Cuando llegaban hermanos que en realidad lo eran, le hablaba a Dios muy contento alabándolo.

En una montaña que había por encima de Asís con un bosque frondoso, quiso Francisco retirarse por un tiempo con Fray León. Hacía un tiempo que su salud no era buena, y sufría de dolores de estómago, y de una tos que no lo dejaba descansar.

Tuvo una reunión con Clara en San Damián para hablar con ella y exponerle nuevas reglas que había escrito para ella y sus hijas. También Francisco necesitaba verla pues no pasaba día que no pensara en ella, y la primera oración que hacía por la mañana era para que Clara y sus hijas estuvieran bien de salud y que no les faltara de nada.

Clara rebosaba de alegría de tener con ella sólo un rato a Francisco. A los dos los ojos se les iluminaban al mirarse. Ella no sabía para qué había ido con Fray León

esta vez. La reunión se hizo como siempre en el jardín. Francisco empezó diciendo.

- He traído unas reglas para que sean cumplidas, aquí tienes en esta hoja de pergamino en qué se basan. Clara cogió el rollo de papel que Francisco le dio, y desenrollándolo leyó en voz alta.

- Quiere Dios que la madre Clara y sus hijas no salgan del convento de San Damián, siendo clausuradas. También, que la orden se llamará Clarisas, por ser hijas de Clara, y Franciscanas por ser Clara una hija de Francisco.

Clara recibió estas reglas muy contenta, pues lo que Francisco decía era lo que valía. También se dio cuenta al verlo que su salud estaba empeorando, que cada vez estaba más delgado y más pálido.

- ¿ Donde vas esta vez ? - Le preguntó Clara.

- No estaré lejos de aquí, cerca hay una montaña y entre Fray León y yo haremos una pequeña vivienda, y descansaré ahí por un tiempo. Lo que necesitéis se lo puedes pedir al fraile que venga a decir la misa los domingos.

Por las mejillas de Clara resbalaban dos lágrimas que fueron a caer sobre sus rodillas cubiertas por el hábito marrón que llevaba puesto. Una de sus hijas que estaba

sentada a su lado, la miró con preocupación y le preguntó.

- ¿ Madre está bien ?.

- Sí hija, lo que me preocupa es la salud del Padre Francisco - Le respondió Clara mientras que se secaba las lágrimas con su pañuelo de bolsillo.

Francisco miraba a Clara con ternura, y también de sus ojos salió una lagrima. Advirtió que no tenía que haber ido a verla, para que ella no viera en el estado en que estaba, pues no paraba de toser, a parte que los huesos se le notaban por lo desnutrido en que estaba.

Trataba de disimular aguantándose la tos y sonreía. Clara era lo más querido y bello que tenía en la tierra. Siempre decía que ella era una hermosa flor de su jardín. Al igual que Clara decía, que ella era una plantita que Francisco cultivó.

Se despidió de ella diciéndole.

- Cuando vuelva vendré a verte para que estés tranquila de que estoy bien.

- Prométeme que comerás de todo - Le pidió Clara.

- Te lo prometo, y te haré caso - Le respondió Francisco.

En la montaña construyeron entre varios frailes una pequeña vivienda para Francisco. Fue él quien les dio las proporciones que quería que se hiciera.

Las habitaciones que construyeron eran pequeñas y también pequeñas las entradas. Decía que tenía que ser de esa manera para cuando entrara, lo hiciera inclinado en acto de oración.

Se quedó con él como estaba previsto Fray León, en ese bosque espeso que estaba lleno de criaturas que alegraban sus vidas. Habían pájaros de muchos colores, palomas que iban a posarse en la ventanita de la habitación donde dormía. Habían serpientes que ocupaban los árboles y que estaban muy cerca de la vivienda, y toda clase de animales que se puede encontrar en un bosque.

Se comentaba por Asís que había un lobo que venía por las noches y degollaba a todas las ovejas que podía, y que también había atacado a hombres.

Estos rumores llegaron a oídos de Francisco, y decidió con Fray León de ir en su búsqueda. Varias veces fueron las que salieron para ver si lo veían para hablarle y convencerlo de que no se podía matar por el placer de hacerlo.

Las veces que salieron con ese intento, no lo encontraron, y una tarde que Francisco paseaba sólo por el bosque se encontró con esa criatura o hermano suyo como él llamaba a todos los animales.

Cuando el lobo lo vio quiso también atacarlo, pero Francisco lo miró y le dijo con voz suave.

- ¿ Hermano lobo, que te hecho para que me quieras agredir ? - Tú al igual que yo somos hijos de Dios.

El lobo al oír las palabras de Francisco, se calmó y se sentó junto a sus pies.

Francisco también se sentó a su lado y le fue diciendo.

- Yo te perdono en el nombre de todos, ahora vete y no le hagas más daño a nadie.

El lobo se levantó y se fue alejándose de allí. En aquellos instantes venía Fray León para ayudar a Francisco porque había oído aullidos del lobo y pensaba que estaría en apuros. Pudo ver cómo el animal se alejaba, se apresuró hasta donde estaba Francisco y le preguntó.

- ¿ A intentado hacerte daño ?.

- No hermano, sólo le he hablado y me ha entendido - Mañana irás al pueblo para calmar a las gentes, y diles que el lobo se ha ido y que no volverá más por estas tierras.

Cuando se hizo de noche, Fray León ayudó a Francisco a regresar a la casa, pues todavía tenía pocas fuerzas.

Los habitantes de Asís al saber que el lobo se había ido de allí se pusieron contentos, y decían de Francisco que era un hombre Santo.

Francisco al escribir su regla, llamó de nombre a la orden, Franciscana. Eran ya muchos hermanos que

habían por muchos lugares de la tierra, y que con la orden de Francisco se quedaban para edificar otros monasterios. También la regla que a Clara le dio decía que sus hijas las nuevas que entraban también podían ir de misioneras, extendiendo la orden, Clarisas Franciscanas al igual que lo hacían ellos.

Había pasado un tiempo y Francisco se encontraba mejor, los dolores de estomago y la tos habían desaparecido, y se sentía con ganas de ir por tierra y por el mar para llevar la Palabra de Dios, y de todas sus maravillas.

Un día emprendieron el viaje hacia España en barca para que Francisco estuviera mejor, porque no podía andar mucho, aunque él no le daba importancia a los temas de salud que tenía, decía que igual que venían se iban. No quería apenas llevar calzado y los pies los tenía en mal estado.

Llegaron al puerto de Barcelona. Cuando desembarcaron encontraron una ciudad acogedora. Iban por las calles hablando en el Nombre de Dios, la gente salían de sus casas para ofrecerles un bol de sopa caliente, que ellos tomaban agradeciéndoselo.

Estuvieron en la plaza de Medinaceli, que está cerca del monumento de Colón, predicando. En una de esas casas que hay les dieron varias noches cobijo y también comida. Después entraron dentro de la ciudad y subieron hacia la montaña en un lugar, que se llama Collcerola y que está la fuente de la leche. Allí estuvieron por un

tiempo y construyeron una ermita que aún existe hoy día.

Acompañada yo de mis amigos, hemos visitado este lugar. Ahora es dificultoso llegar hasta la fuente de la leche por el camino tan estrecho y pendiente que hay parecido a un bosque, pues en la época de Francisco lo era mucho más, y la leyenda cuenta que iba cada día acompañado de fray León a esta fuente que en vez de emanar agua salía leche que era de lo que se alimentaban, es por eso que se llama fuente de la leche.

Tenía muchos males de la poca nutrición que tenía pero pronto se ponía bien, y quería recorrerlo todo, porque sabía que moriría joven. Esto se lo transmitía a los demás hermanos.

Recorrió varios sitios de Cataluña y del País Vasco, allí también dejaron monasterios, pues yo he tenido la suerte de poder visitar alguno que hoy en día están en ruinas, pero aún conserva el campanario donde está todo a punto de caerse, desconozco la razón porqué no lo han conservado.

Portugal fue otro lugar donde también visitó. Se hallaban en Lisboa en una plaza con Fray León predicando la Palabra de Dios, entonces Portugal estaba en guerra, habían dos soldados que hacían guardia en ese distrito para mantener la paz. Vieron que en la plaza había un corro de gente que escuchaban hablar a alguien, estos dos guardias se acercaron para ver que sucedía pensando que se trataba de revolucionarios, empezaron a decir a la gente que se fueran de allí y despejaron.

Todos se fueron menos Francisco y Fray León que se quedaron, uno de los guardias les dijo.

- ¿ No me han oído ? - He dicho que desalojen.

- Estamos hablando de Dios y de su Palabra - Respondió Francisco con voz suave.

El guardia como vio que pertenecían a una orden religiosa por las vestimentas que llevaban le volvió a decir.

- Bueno hermanos váyanse pues no pueden estar aquí.

Francisco metió su mano en el bolsillo de su hábito y sacó una biblia pequeña que llevaba y dándosela le dijo.

- Hermano, léete el contenido de este libro aquí están las Sagradas Escrituras, reconocerás en ellas a Nuestro Señor Jesucristo.

- ¿ Quién es Jesucristo ? - Preguntó el guardia.

- El que murió por todos nosotros, el Príncipe del Universo e Hijo de Dios.

- No tengo tiempo de leer porque tengo otros quehaceres que me llaman - Le respondió el soldado entregándole la pequeña biblia.

- ¿ Cómo te llamas hermano ? - Le preguntó Francisco.

- Hernando, ¿ Porqué te interesa mi nombre ?.

- Porque sé que tú también eres otro hermano, conocerás a Dios lo alabarás por los siglos de los siglos. También yo cuando era joven como tú fui soldado de guerra hasta

que comprendí que el verdadero servicio que tenía que hacer era el de servir a Dios y a todos los seres vivos que hay en la tierra.

El joven Hernando miraba a Francisco con curiosidad pero no le hizo ninguna pregunta.

Francisco y Hernando se miraban de frente la luz que emanaba de las pupilas de los dos era la misma. Hernando en esos momentos no sabía que hacer sintió dentro una gran fuerza que se apoderaba de él y no pudo soportarlo, y tratando de disimular le dijo a su compañero.

- ¡ Vámonos son buena gente !.

Pasaron varios días y Hernando iba buscando a Francisco porque ya había empezado dentro de él la búsqueda de Dios y se lo encontró que venía con Fray León por una calle. Francisco rápidamente lo reconoció y le sonrió. Hernando dirigiéndose a él le preguntó.

- ¿ Aún tienes esa pequeña biblia que el otro día me querías dar ?.

Francisco sacándola del bolsillo de su hábito se la entregó, diciéndole.

- Estaba seguro de que ibas a escuchar la Voz de Dios.

Había pasado algún tiempo y Hernando tuvo la ocasión de conocer a más franciscanos y pudo compartir con ellos todo el amor que sentía hacia Dios y su creación. Más tarde al entrar en la orden de los Franciscanos cogió el nombre de Antonio, y murió en Padua.

Francisco buscaba siempre lugares que fueran elevados y con mucho bosque. La naturaleza tenía que estar presente en su vida y en todas las cosas.

Cómo la vida que volvió hacer era agitada y agotadora, le volvieron a dar los dolores de estómago. Aconsejado por Fray León volvieron otra vez a Italia para que descansara.

El viaje de regreso fue penoso para Francisco, porque su estado era grave, aunque habían días que se encontraba bien sin ninguna dolencia. Otros los pasaba con las manos puestas en el estómago, reteniéndose los vómitos.

Esta vez al regresar cogieron otro camino para volver a Asís. Pasaron por el monte Alvernia, que se alzaba encima de la colina una gran mansión que pertenecía a un señor de la alta nobleza. Estaban celebrando una fiesta y desde fuera se oía la música y las palmadas que daban los invitados mientras bailaban.

El rostro de Francisco se llenó de alegría al escuchar la melodía que los músicos estaban tocando, pues la conocía. Miró a Fray León y le dijo.

- Vamos a entrar hermano y participemos de la música gloriosa que se oye.

Fray León se puso contento de ver a su Padre espiritual que también lo estaba, y lo ayudó acercarse a la casa. Entraron dentro y vieron que todas las personas que

habían se estaban divirtiendo en grande. Como la música tenía ritmo, Francisco también lo seguía emocionado y picaba en el suelo con la vara en que se apoyaba al caminar. De esta manera llamó la atención de los invitados y la del dueño de la casa.

Fue hasta donde ellos estaban y reconoció a Francisco como a un hombre Santo, y por todo el trabajo que había hecho a muchas gentes necesitadas. Le dio un abrazo y los invitó a que se acercaran hasta donde estaban sus invitados y amigos.

Fueron bien acogidos por todos. Les ofrecieron de la buena comida que había, y comieron hasta quedar hartos.

Tanto Francisco como Fray León necesitaban comer un alimento fuerte. Las personas que estaban allí presentes y que eran de la alta sociedad conocían a Francisco de otros tiempos, y también de oír las cosas buenas que hacía. El apodo que le pusieron de el loco, ya no se lo decían, pues Francisco les causaba mucho respeto, y decían de él que era Santo.

La mayoría de las personas que estaban allí, se acercaban a él para preguntarle de donde venían, y si se encontraba mejor de salud.

Francisco era muy amable y respondía con una sonrisa las preguntas que le hacían. Como se hizo de noche era malo de andar por esos caminos peligrosos que habían, pues el dueño de la casa insistió para que se quedaran a pasar la noche allí, para que pudieran descansar bien, incluso les sugirió que podían quedarse varios días hasta que el Padre Francisco se restableciera de sus dolencias.

Francisco accedió gustoso, porque miró el rostro de Fray León y vio que sonreía de alegría, Francisco le preguntó.

- Hermano, ¿ Porqué estás tan contento ?.
- Porqué pienso en los guisos tan buenos que deben comer aquí - Nuestros estómagos nos piden comida caliente.

- Es cierto hermano, es por eso que el Señor nos ha traído hasta esta bendita casa.

Se quedaron varios días como invitados, y estuvieron muy bien porque comieron de todo lo que les ponían, y durmieron en buenas camas.

Estos días fueron suficientes para que Francisco mejorara, y cogiera otro tono de color su cara.

El día que se fueron, el señor de la casa le dio las gracias a Francisco por haberse quedado allí a descansar unos días, y le ofreció su casa para que fuera siempre que lo deseara.

Francisco se lo agradeció y le tomó en cuenta su proposición.

Regresaron a la Porciúncula, Francisco deseaba ver a sus otros hermanos y saber si todo había ido bien mientras el tiempo que estuvo ausente. También echaba mucho de menos a Clara, hacía tres meses que no la veía, esto era muy duro para él, aunque estaba seguro de que ella y sus hijas estaban bien porque los frailes ya se ocupaban de que no les faltaran de nada, pero Clara para Francisco era un gran apoyo. Cuando no se encontraba bien y

hacía tiempo que no la veía, pedía una reunión con ella en San Damián para escuchar su voz y sus palabras de sabiduría aconsejándolo para que no hiciera excesos y vigilara su salud. Sólo con una hora que estuviera con ella era suficiente para volver otra vez ponerse bien.

Una mañana después del desayuno llamaron a la puerta del monasterio de San Damián. Una hija de Clara abrió, su exclamación fue tan grande que llegó a oírlo ella, rápidamente pensó en Francisco y fue corriendo a la puerta que todavía estaba abierta.

Sus pómulos rosados brillaban de felicidad al ver a Fray León que seguía de pie esperando a que le dieran permiso para entrar.

Clara dando una palmada le dijo muy dispuesta a la hermana que sostenía la puerta.

- ¡ Vamos hija haz que entre Fray León !.

En la mirada de Clara había luz que radiaban chispas de oro y plata. Sabía que venía para darle noticias de Francisco, y de que habían regresado.

Fray León la conocía bien porque era él quien estaba junto a Francisco y le hablaba mucho de ella. Se dio cuenta de la alegría que tenía y cómo la expresaba esperando que le hablara de su Padre espiritual. Conocía el cariño que los dos sentían el uno hacia el otro, y como la vio que estaba impaciente por saber el honor de su visita le dijo.

- Paz y bien Madre Clara. El Señor ha querido que volvamos contentos de este viaje, el Padre Francisco me ha pedido decirle que desea verse con usted aquí uno de estos días.

- ¿ Cómo está ? - Le preguntó Clara apresuradamente.

- Mejor, y quiere contarle las cosas que nos han sucedido en otras tierras.

- Pues no esperemos a que pasen más días y dígame que lo espero mañana, si él lo ve bien - Le dijo Clara con precisión.

Al día siguiente Francisco y Clara se vieron en el jardín del Monasterio de San Damián. Venía acompañado de otro hermano. A Clara también le acompañaba una hija de su orden.

Francisco habló de cosas bonitas e importantes que les habían sucedido en el transcurso del viaje que habían realizado. Le habló del encuentro que tuvo en Lisboa con un posible hermano que entraría dentro de la orden.

Clara estuvo entusiasmada de oírlo contar todo el recorrido que habían hecho, y le dijo.

- Dinos una anécdota que os haya sucedido.

Francisco miraba a Clara pensando en algo gracioso que les sucediera, y de pronto empezó a reír y dijo.

- Esto os va a gustar - Llegamos a un pueblecito pesquero y nos pusimos cerca del mar hablando a la gente que habían, de Dios. Ellos no nos quisieron escuchar y nos decían que nos fuéramos de allí. Nos acercamos al mar y empezamos hablarle de Dios a los peces, se lo decíamos de tal pasión que los pescaditos salieron por centenares por encima del agua y fueron ellos los que escucharon nuestro sermón.

Clara lo miraba feliz y sonriente, los dos reían por la anécdota tan graciosa que acababa de contar. Parecían dos niños riendo sin malicia contándose historias fabulosas y llenas de ternura.

Los animales los llenaban de bondad, o sus hermanos como ellos los llamaban.

- ¿ Te cuidas ahora más ? - Le preguntó Clara como una observación que le hizo.

- Ya sabes que soy un desastre para conmigo mismo - Le respondió Francisco bajando la mirada.

- Sólo tienes un cuerpo y lo tienes que cuidar, para eso nos lo ha dado Dios - Le dijo Clara mirándolo fijamente.

- ¿ Cómo me ves esta vez ? - Le preguntó Francisco mientras sonreía.

- Regular, esperaba encontrarte mejor - ¿ Has caminado mucho ?.

- Sí demasiado - Le respondió Francisco mientras que trataba de cubrir sus pies con su hábito para que Clara no los viera.

- La última vez que nos vimos me prometiste que te ibas a cuidar más - ¿ Porqué no lo has hecho ?.
- Porque sería pensar demasiado en mí, y eso es lo último que deseo hacer.
- Necesitas que haya a tu lado un hermano que te obligue a comer cuando no quieres.
- Tengo el hermano fray León que cuida bien de mí, y que me hace algo para comer cada día - ¡ Si lo vieras parece mi superior regañándome ! - Le respondió Francisco riendo.

A Francisco le vino de repente un golpe de tos, que al poco tiempo le pasó y quedó más tranquilo.
Clara lo miraba preocupada y le preguntó.

- ¿ Qué tomas para la tos ?.
- Tenemos en Santa María de los Ángeles una herboristería, hay hierbas para curarlo todo, y cuando tengo mucha tos, tomo infusiones que la calma.

Clara estaba triste pues encontró a Francisco más envejecido que la última vez que vino a verla. Cerró los ojos recordando la primera vez que lo vio en el jardín de su casa, tan apuesto que era, y la mirada y sonrisa tan bonita que tenía. Aunque habían pasado algunos años, no era para que envejeciera tanto.

Francisco seguía hablando y contando cosas bonitas que habían visto, sin darse cuenta de los pensamientos que Clara tenía.

Francisco la miraba y advirtió de que estaba ausente en esos instantes, no sabía lo que podría motivar esa ausencia. Paró de hablar y miró a fray Gil que estaba sentado a su lado, también miró a la hija de Clara, que también estaba sentada cerca de ella. Los tres se miraron, y seguidamente se escuchó la voz de Clara que dijo.

- Has sufrido mucho a causa de tu salud, y de la poca comprensión que han tenido contigo - ¿ Es tan difícil entender a un hombre Santo ?.

Francisco miraba los ojos de lágrimas que Clara tenía.

- ¿ Porqué te han hecho tanto sufrir ? - Replicó Clara.
- No Clara nadie me ha hecho sufrir, fui yo quien pedí a Dios de pagar la parte que Jesucristo sufrió por mí en la tierra - Le respondió Francisco con humildad.

Clara hizo una afirmación con la cabeza. Miró los pies descalzos y las heridas que tenía de caminar sin sandalias. Ella le hizo una observación y le dijo.

- Jesús llevaba sandalias, y cuidó su cuerpo dándole el alimento que necesitaba. ¿ Porqué no lo haces tú también ?.

- Porque soy un pecador, y para mi la mejor gloria que hay es seguir los pasos de Jesús.

Cuando se despidieron, los dos se quedaron tristes. Francisco por el mal rato que le hizo pasar a Clara

viéndolo lo estropeado y enfermo que estaba, Clara por no poder estar cerca de él para cuidarlo.

Francisco quería volver con Fray León al monte donde hacía un tiempo vivieron los dos. Este lugar era grandioso y tranquilo, aquí fue donde se repuso de la enfermedad que sufría, pues era bueno para el espíritu.

En la ventanita del dormitorio una cigarra había hecho su nido, se acercó al insecto y le dijo.

- Hermana cigarra, te gusta cantar igual que a mí, pues no es en vano que te has puesto conmigo para cantarle al Señor de la Creación.

Francisco empezó a cantarle a Dios las canciones que componía, y lo siguió la cigarra con su fuerte sonido. Vivió el insecto en la ventana todo el mes de agosto haciéndole compañía.

Fray León también veía lo que sucedía con su Padre espiritual. Pensaba que él jamás llegaría a ser como Francisco. En varias ocasiones también lo pudo ver sin que él se diera cuenta, en oración y elevado del suelo, sus rodillas no lo tocaba. Fray León siempre que iba para ver si necesitaba algo, lo encontraba hablando con algún animal o hermano como les llamaba.

Francisco pensaba mucho en el monte Alvernia. Le comentaba a Fray León que era un lugar muy elevado para la oración. No estaba todavía satisfecho con todo lo que le había sucedido, y lo que Dios puso en su camino,

sabía que le tenía que suceder algo muy importante pero no sabía que podría ser.

La última vez que había hablado con Clara de su regreso del viaje que hizo con Fray León, le habló del monte de Alvernia. Le dijo que era un lugar parecido al Sol. Clara le aseguró con certeza que le gustaría conocerlo.

Francisco pensaba en estas palabras de Clara, y cómo él era un hombre con mucha decisión, mandó a Fray León a San Damián para que le dijera a la Madre Clara, que volvían al monte Alvernia pasados dos días, si deseaba conocer ese lugar la esperaba en el camino.

Al recibir esta noticia Clara se puso contenta y se emocionó mucho, su deseo era de ir pero había una regla que Francisco había puesto sobre la clausura, y se lo comunicó a Fray León. Él no le pudo responder a esto, y le dijo.

- Sólo sé lo que el Padre Francisco me ha encargado que le diga.

Pasados dos días Francisco y Fray León esperaban a Clara en el camino. Ella venía acompañada por una de sus hijas, ésta iba estirando de una mula que le habían dejado para este viaje. El encuentro fue cordial y amable como siempre. Clara no le hizo a Francisco mención sobre la regla que había escrito para la clausura, puesto que había sido él quien quería que lo acompañara en este viaje.

Aunque era otoño todavía estaban los campos verdes, y sobresalían por encima de la hierba algunas florecillas salvajes.

Caminaban por una vereda y Francisco iba muy contento, cantando canciones alegres, y pronto se unieron cantando a él Clara y su hija y Fray León también. Les cantaban a las flores, a los animales, al viento y a la lluvia, cantaban con tal pasión que los pajarillos los seguían con sus trinos, porque sus canciones les salían de sus corazones y alababan a Dios de esa manera, en esa mañana tan especial que era para Francisco y Clara.

El camino era malo de andar, pero la mula hizo de que fuera mejor, la había pedido para Francisco, sabía que estaba enfermo, y subido en el animal no se cansaría, y el trayecto lo haría mejor.

Francisco no quería subirse en la mula y así lo dijo.

- Haré todo el trayecto a pie.

- No puedes estás enfermo, deja que yo te cuide estos días que estemos juntos - Le respondió Clara tratando de convencerlo.

- Es que no quiero subirme en la mula porque ella también se cansa - Le respondió Francisco tratando de convencer también a Clara.

Clara quería tanto a Francisco, que le hablaba como si fuera su madre, su esposa o su hermana y le dijo.

- La mula tiene mucha resistencia, y no se va a cansar por llevarte a ti encima, hazme caso y deja que fray León te ayude a subir.

Francisco la miró sonriendo y sin responderle nada dejó que lo ayudara Fray León, y se sentó bien encima de la mula. Fray León le hizo una observación diciéndole.

- La Madre Clara tiene razón, ahora no se cansará.

Cuando llegaron al monte Alvernia, allí conocían a Francisco igual que en otros pueblos que iba, fueran grandes o pequeños. En todos lo conocían por el nombre del hombre Santo, y en otros por el Padre Francisco.

Las personas que vivían en este pueblo de monte, los fueron a saludar ofreciéndoles sus casas. Tan contentos estaban de tenerlos allí que los colmaban de atenciones. Un señor rico que vivía que era el Conde Orlando en este lugar tenía varias casas y una que estaba vacía se la cedió a Francisco para él, cómo era grande la compartieron en dos partes, una para Clara y su hija, y la otra para Francisco y Fray León.

La casa estaba rodeada de bosque, esto a Francisco le gustaba porque hacía sus caminatas todos los días antes de que el sol saliera. También las puestas de sol que habían eran esplendorosas en aquél lugar mágico. Francisco deseaba que Clara admirara la belleza que allí había, es por eso que le dijo de ir, pues estaba siempre

encerrada con sus hijas en el monasterio, y sabía que este lugar sería lo único que viera en su vida.

Los cuatro daban grandes paseos por el bosque mirando la Creación de Dios. También iban por el pueblo para hablar con los vecinos, estos le pedían consejos a Francisco de todas las decisiones que tenían que tomar.

Los días que estuvieron en el monte Alvernia, Francisco no dejó a Clara que saliera sola con su hija sino iba él y fray León. Estuvieron varios días en el monte Alvernia y después regresaron de nuevo a Asís.

Clara volvía radiante de felicidad, le contaba a sus hijas con gran entusiasmo los días tan felices que había vivido en ese lugar, y cerca del Padre Francisco y lo bien que había comido, pues entre ella y su hija hacían la comida. Francisco había cogido uno o dos kilos de peso, pues Clara se encargaba de que comiera bien.

Cuando Francisco llegó a Santa María de los Ángeles se encontró con nuevos episodios que habían ocurrido entre los frailes. Si él no estaba con ellos alguno hacía lo que quería y no escuchaban al fraile que se había quedado en el mando. Todo se arreglaba cuando él llegaba, porque sabía darle a cada uno lo que necesitaba, pero cuando se volvía a ir empezaban de nuevo la discordia entre ellos.

Francisco cuando se enfadaba con estos frailes altaneros, les decía que eran almas rebeldes. Esta frase era muy fuerte para el entendimiento de estos frailes, pues no entendían lo que quería decir. Francisco también les

decía. Os perdono y pido a Dios que tenga compasión de vosotros.

Debido a la vida pobre que llevaba y del poco alimento que tomaba, y lo mal que lo pasaba, algunas veces con estos frailes rebeldes, empezaron a dolerle los ojos, se hacía cataplasmas de arcilla y se las ponía en los ojos, de esta manera pudo mejorar bastante.

El invierno había llegado y hacía mucho frío. De nuevo empezó a toser y a tener vómitos de sangre. Fray León le recomendó que tenía que comer mejor de lo que lo hacía, y que tenía que poner en su alimentación carne, puesto que con la enfermedad que padecía no se podía alimentar sólo de pan y de hortalizas cocidas.

Francisco escuchaba mucho a Fray León, porque sabía que era un alma bendita de Dios. Jamás le causó ningún problema porque era todo bondad.

Aunque la idea de comer carne no le fascinaba, pensó que Fray León tenía razón en este consejo que le daba. Sabía que los dolores de estómago y los vómitos que tenía, eran a causa de la vida tan pobre que quería llevar. Estuvo comiendo por algún tiempo carne y otros alimentos y se encontró mejor, incluso cogió algunos kilos y se puso más fuerte.

Como estaba contento de verse restablecido, decidió hacerle una visita a Clara con Fray León. Lo deseaba hacer para que ella estuviera más tranquila al verlo mejor, porque se preocupaba mucho por su salud. Le

quería demostrar que no era tan terco como ella pensaba y cómo pensaban los demás también.

Clara al verlo se puso muy contenta porque estaba mejor y había engordado. Ella se reía mucho con él porque cuando estaba bien, era un hombre alegre y contaba anécdotas e historias que le habían sucedido, a él también le hacían gracia y reía con ganas.

Después de estar contando historias graciosas se ponía serio y empezaba a cantar canciones llenas de amor que iban dirigidas a los animales. Todos cantaban con él emocionados, y estaban contentos de tenerlo cerca, para Clara era un privilegio tenerlo un día y compartir con él su alegría y esperanzas. En esta visita que le hizo le dijo al despedirse de ella.

- Hasta pronto hermana florecilla mía.

Clara se quedó muy contenta por haber podido tener casi un día entero a Francisco con ella. Si estaba triste por algo que le sucedía, se le iba toda esa tristeza estando junto a Francisco, él hacía todo lo posible para que ella se encontrara bien. Él decía de Clara que era la flor más hermosa que había en su jardín.

Cuando Francisco se fue Clara le comentó a sus hijas.

- No hará mucho caso y pronto volverá a descuidar su estómago y empeorará, quiere que lo llamen el pobrecillo y esto es lo que acabará con su vida.

El buen tiempo había llegado, Francisco tenía ganas de volver al monte Alvernia, sentía nostalgia por ese lugar y sabía que allí le esperaba algo muy bueno que le iba a suceder.

Un día por la mañana cuando amaneció se pusieron en camino Francisco y Fray León. Parecía que fuera un niño de tres años de edad, por lo contento que iba demostrando su alegría a los pájaros que volaban por su alrededor. Le hablaba a las flores, se paraba junto a ellas cantándole canciones. Se paraba delante de un árbol y le empezaba a hablar, sacaba su libreta donde tenía escritas sus poesías y mirándolo le recitaba una.

Fray León no salía de su asombro de ver la vitalidad que tenía, el amor que sentía a la naturaleza, y la libertad que expresaba en toda las cosas que hacía. Sentía por Francisco admiración y sobretodo mucho cariño y respeto, jamás olvidaba que era su Padre espiritual. Francisco lo había elegido para que estuviera a su lado y así lo haría hasta el final porque era un orgullo para él de estar al lado de un hombre Santo. Cada vez que salía con Francisco tenía algo que contar de lo que ocurría con él y con los animales. A estas cosas Fray León las llamaba milagros.

Llegaron al monte Alvernia en varios días, el camino lo hicieron a pie y Francisco estaba muy cansado, y las fuerzas empezaron a flaquearle.

Los habitantes del monte Alvernia salieron a recibirlos, les ofrecían cuencos de sopa caliente. Querían mucho a Francisco y también a Fray León, deseaban compartir su

comida con ellos, también sus casas pero no se las ofrecían porque tenían una. El señor más rico de ese condado le regaló una para que se la quedara para siempre.

Las buenas gentes de allí les llevaban todos los días comida caliente, pero Francisco se negó a comer carne, sólo ingería pan y agua. Recordaba con nostalgia a Clara, y pensaba en los sabios consejos que ella le daba para que comiera bien. Francisco le prometía que le iba hacer caso pero cuando hacía tiempo que no la veía olvidaba la promesa que le había hecho. Estaba seguro y se lo decía también a Fray León que si Clara estuviese cerca de él miraría por su salud, pero como no era así no le importaba comer.

Pasaban los días y aunque Fray León le volvía de nuevo a recomendar que tenía que comer más y sobretodo carne y otros alimentos de consistencia, Francisco no escuchaba y su salud empezó a empeorar, y continuaron los vómitos de sangre y los dolores de estómago. Los frailes que se quedaron en la Porciúncula querían ir todos al monte Alvernia, porque ese lugar no lo conocían y cuando Francisco regresaba hablaba maravillas, y también porque la salud de su Padre espiritual había empeorado, esas eran las últimas noticias que les habían llegado y como tenían una casa grande que le habían regalado tenían sitio para quedarse todos los que fueran.

Se pusieron todos de acuerdo y empezaron a ir de dos en dos. Se quedaban el tiempo necesario para estar con su Padre espiritual, cuando volvían unos iban otros. El monte Alvernia se había hecho una residencia para todos.

Francisco buscaba la paz en el silencio y en la soledad. Cómo la casa estaba siempre llena de frailes que iban y venían, pues Francisco se iba a una cueva que estaba alejada de la casa en donde sólo podía ir Fray León por las mañanas para llevarle pan y agua y eso era lo que comía durante el día poco a poco, porque apenas podía tragar por lo débil que estaba. También Fray León iba de madrugada para hacer juntos el oficio Divino.

Francisco se había apartado del mundo totalmente, lo único que le gustaba era caminar por aquellos frondosos bosques, pero ya le costaba mucho andar por las pocas fuerzas que le quedaban.

Un labrador que vivía por allí, un día lo vio como paseaba con dificultad y sintió pena de él y como tenía varios animales le dio una borriquilla para que fuera subido en ella. De esta manera daba largos paseos por las tardes acompañado de Fray León y de otros frailes más.

Era otoño y hacia buen tiempo en el mes de Septiembre, pues Francisco hacía cuaresma todos los años en esta época en honor a San Miguel Arcángel.

Era de madrugada y casi estaba amaneciendo, Francisco estaba durmiendo y lo despertó una música dulce, miró

en la dirección que se oía y vio a un Ángel que radiaba rayos como el sol, la cueva se iluminó y Francisco rápidamente se puso de rodillas delante del Ángel. Sus rayos fueron dirigidos a Francisco formándole con esa fuerza Divina dos llagas en las manos, otras dos en los pies, y la quinta en su costado derecho. En esos instantes sintió un alivio muy grande en todo su cuerpo encontrándose mejor. Entró en un éxtasis, cuando volvió a su estado normal el Ángel no estaba. Miró las heridas que le había producido con sus rayos y comprendió que eran las Llagas de nuestro Señor Jesucristo.

Por la mañana temprano llegó como cada día Fray León para traerle el pan y el agua. Según iba caminando oía como lloraba Francisco. Vio que estaba estirado en el suelo, corrió para socorrerlo porque pensó que le había sucedido algo grave. Francisco le mostraba sus muñecas traspasadas parecía por un clavo. Le decía llorando a Fray León.

- Mira hijo lo que el Señor ha hecho conmigo.
Le mostraba sus manos y sus pies y la herida de su costado, y le repetía llorando de alegría.

- ¡ Mira hijo mío la grandeza de Dios !.

Fray León se arrodilló junto a su Padre espiritual y empezaron los dos a hacer alabanzas al Altísimo.
Fray León se fue después para dar la noticia a los demás frailes. Ellos al conocer el suceso todos querían ir para ver a su Padre espiritual, pero Fray León les dijo que

todos juntos no podían ir porque molestarían la tranquilidad de Francisco, entonces lo hicieron de manera que iban unos y después otros.

La voz se cundió por todo Asís de lo que le había sucedido a Francisco, también por los alrededores, y hasta Roma llegó.

En Roma también lo conocían. Había una señora adinerada de nombre Jacoba, ella estaba al corriente de toda la vida de Francisco y hacía muchos años que lo conocía, le estaba siempre ayudando económicamente, y también le proporcionaba medicamentos para la enfermedad que sufría de tuberculosis. Un fraile la fue a ver para darle en persona la noticia. Ella rápidamente se puso en camino con una sirvienta y dos mulas, el fraile también iba con ellas para indicarle el camino. Le llevaba a Francisco ropa nueva, comida y medicinas.

Esta señora estaba casada y tenía hijos, ella siempre creyó que Francisco era un hombre Santo.

Cuando llegaron al monte Alvernia, Francisco dispuso que dejaran una habitación grande para la señora Jacoba y su criada en la casa que tenían y que la trataran lo mejor posible.

Esta señora estuvo cerca de Francisco tres días, y después se tuvo que volver muy preocupada pues lo quería mucho como si fuera un hijo suyo. Se sentaban por la mañana en la puerta de la Cueva y hablaban. Pudo ver y comprobar las Llagas que tenía y que el Ángel le había mandado con sus rayos de fuego.

Cuando regresó a Roma fue hablar con el obispo y lo puso al corriente en el estado que estaba Francisco y lo que le había sucedido con el Ángel mandándole las cinco Llagas de Jesucristo. Sentía por él un amor puro y limpio, no había conocido jamás antes a un hombre tan Santo, y dando un ejemplo para el mundo entero.

Francisco también apreciaba mucho a la señora Jacoba, era mayor que él, y siempre que la necesitaba iba donde estuviera. Las mujeres en su vida eran necesarias e importantes pues sabía por el contacto que tenía con la naturaleza que quien creaba era la parte femenina, y el masculino ayudaba a que todo creciera. Desde que era joven se fue a vivir al campo, veía y observaba la parte de la Creación. También fueron muchas veces las que hablaba con los árboles, las plantas y las flores. Francisco les preguntaba cosas que quería saber sobre la parte creadora, y le respondían. Se puede pensar que esto pueda ser imposible, pero para un hombre Santo o mujer nada hay imposible porque con su propia fuerza puede hacer que todo se mueva y hable.

Era importante para Francisco la mujer, pues desde que nació tuvo junto a él a su madre que lo llenó de atenciones y le dio todo lo que quiso. Francisco pensaba en ella pues alguna vez que otra le hablaba a Fray León de cómo fue su niñez y de lo feliz que era junto a su madre. Cuando hablaba de ella decía que estaba cautiva por su padre y que no podía hacer nada. Es por eso que la señora Jacoba hacía a veces de madre. Francisco de esa manera así lo veía y los demás frailes también.

En Roma, en Asís y en otros lugares sólo se hablaba de las Llagas que el Padre Francisco había recibido. Unos decían que era un milagro, y otros opinaban lo contrario. Estos las querían examinar para ver si en verdad había sido obra de Dios o bien fuera Francisco quién se las hubiera producido con algún objeto cortante.

De todas estas habladurías los frailes evitaban que Francisco no se enterara para que no sufriera más, pero tanto se hablaba del tema, que un día alguien se lo dijo. Lloró mucho y sintió mucha pena por tantos y tantos que tenía cerca y que estaban ciegos, aunque estuvieran viendo al mismo Dios lo estarían negando y diciendo de que no era verdad.

Tenía muchas ganas de ver y hablar con Clara, ella era su gran apoyo junto a Fray León. Si pudiese contarle lo que le sucedió, ella se estremecería y los dos llorarían juntos de felicidad.

Clara estaba al corriente de lo que había cerca y lejos de Francisco, pues el fraile que iba los domingos a decir la misa le contaba en el estado que estaba y también la orden. En aquellos momentos el deseo de Clara era de poder ver a Francisco, de poder estar con él, y de poderlo consolar. Mandó a un fraile para que le llevara un mensaje, en el que pedía que lo llevaran a San Damián porque necesitaba cuidados, y que le curaran cada día las Llagas porque no le paraban de sangrar.

Cuando Francisco recibió la noticia quiso estar cerca de Clara, y pidió que lo llevaran a San Damián. Las fuerzas que tenía eran pocas, apenas hablaba porque se quedaba a veces inconsciente. Los monjes pidieron prestado un asno que tenía un labrador para que fuera subido en el animal.

El Conde Orlando que era dueño del castillo y que obedecía en todo a Francisco, al enterarse que pedían un asno para su Padre espiritual le ofreció un caballo con una buena montura para que fuera cómodamente montado en él.

Cuando se iba Francisco del monte Alvernia acompañado de Fray León y de otros frailes, toda la gente lo fueron a despedir. Unos les pedían que les pusiera sus manos sobre sus cabezas y los bendicieran, otros poniéndose de rodillas besaban sus pies, y decían.

- El Padre Francisco es el Santo de Asís.

Fray León no se separaba de su lado, cuidaba de que nadie pudiera hacerle daño por querer tocarlo. Los demás frailes procuraron no pasar por los pueblecitos que atravesaban los campos, por miedo a que lo robaran. Habían muchos que hubiesen dado parte de su fortuna por poder quedarse con el cuerpo del Santo Francisco, era de esa manera como todos lo llamaban.

A tiempo llegaron los frailes en dos ocasiones que gente de otros lugares fueron al monte Alvernia para apoderarse del Santo. Como Francisco apenas podía

hablar por la debilidad que tenía, y también lo poco que pesaba, pues era lo más parecido a una pluma. Los frailes tuvieron que forcejear con hombres y mujeres cuando estaban a punto de llevárselo con ellos. Ahora estaban a la expectativa, iban mirando por todos sitios y preparados para luchar si era necesario para que no se lo quitaran.

Después de hacer un largo camino que tuvieron que hacer, llegaron a San Damián. Los frailes de Santa María de los Ángeles le habían hecho una choza de cañas en el patio del monasterio de San Damián, para que estuviera cerca de Clara por el poco tiempo que le quedaba de vida.

Clara y sus hijas recibieron a Francisco con un cariño muy grande. Se quedaba con él día y noche su hijo fiel y amado Fray León haciéndole compañía y dándole todo lo que necesitaba. Clara por otro lado hacía que sus hijas cocinaran exclusivamente para él, comida de mucho alimento que ella le llevaba a la choza y se la daba a comer con la ayuda de Fray León.

Francisco volvió a recuperarse por lo bien que comía y sobretodo por la presencia de Clara su flor pura, que la podía ver y hablar con ella varias veces al día.

Clara le hizo para que pudiera caminar unas sandalias de tela gruesa, pues las heridas que tenía en los pies le impedía andar y le sangraban.

En el patio de San Damián se oían todos los días canciones que Francisco le cantaba al hermano Sol y a la

hermana Luna, y también a todas las criaturas que Dios creó. Las gentes que vivían cerca como las que vivían lejos iban expresamente todos los días para oírlo cantar, la mayoría de ellos lloraban de emoción de escuchar la voz de un Santo.

Hacía ya un tiempo que Francisco estaba viviendo en San Damián, por todos los cuidados que tuvo por parte de Clara y de sus hijas mejoró, también podía caminar mejor aunque las Llagas les sangraban cuando hacía demasiado esfuerzo.

Los frailes de Santa María de los Ángeles sabían que estaba mejor, y lo reclamaron porque también ellos lo querían tener cerca. Bernardo era uno que en los últimos años había estado poco con su Padre espiritual, y deseaba mucho tenerlo con él.

Francisco quería complacerlos a todos, también eran ellos los frailes los que decidían lo que se iba a hacer, porque Francisco hacía ya tiempo que no daba órdenes, pues no estaba para eso porque su salud estaba rota por lo poco que la cuidó. Había pasado de un plano a otro como quien vive en otra dimensión.

Ocurrían sucesos entre los frailes de los cuales no se enteraba, porque ninguno se lo comunicaba, lo tenían como una reliquia muy valiosa. Sólo lo vigilaban y lo cuidaban lo mejor posible para que de nada le faltara.

En Santa María de los Ángeles, Francisco empezó de nuevo hablar de Dios por los alrededores, subido en el caballo que le había regalado el Conde Orlando. Iba siempre con él, el inseparable Fray León y dos frailes

más, no dejaban que las gentes se acercaran a él, pues tenían miedo que lo robaran y se lo llevaran a otro país, porque Francisco era conocido por toda la tierra.

Estaba en un pueblo hablando de Dios, y de pronto le sobrevino un vómito de sangre. Fray León dio la orden a los demás frailes para que rápidamente volvieran a Santa María de los Ángeles.

Cuando llegaron lo acostaron y le dieron el medicamento que tomaba cuando tenía vómitos. Francisco pidió que lo volvieran a llevar a San Damián para estar cerca de Clara en sus últimos momentos. Los frailes se lo negaron porque el obispo de Asís estaba avisado de su gravedad, y si lo tenía que ir a ver tenía que estar en Santa María de los Ángeles con sus frailes. En vista de lo mal que estaba, avisaron al sacerdote de la iglesia de San Jorge para que fuera a verlo porque estaba muy mal y su salud había empeorado y no paraba de vomitar sangre.

Clara y sus hijas también estaban al corriente de la gravedad de Francisco. Estaban sufriendo mucho porque no podían hacer nada por él, sólo rezar. Clara entró en su celda y con gran fervor rezó por el sembrador que plantó la planta que era ella. También se unía con sus hijas en la Capilla de San Damián y rezaban juntas por su Padre espiritual.

Era Sábado 3 de Octubre de 1226. Este día sabía Francisco que pronto se reuniría con su Señor. Quería oír música porque había mucho silencio a su alrededor.

Francisco estaba contento y le pidió a un fraile que tocara la guitarra para escuchar por última vez sus notas. Los frailes tenían los ojos húmedos de llorar, se miraron pensando que su Padre espiritual no sabía lo que decía, no era el momento de tocar la guitarra ni de cantar y se lo negaron.

En su lecho de muerte estaban a cada lado de la cama Fray León, y Fray Bernardo. Sólo estaban pendientes de Francisco y no perdían un sólo gesto que hiciera. Francisco no perdía la sonrisa, levantó ligeramente sus brazos como si estuviese dirigiendo una orquesta, también pronunció unas leves frases. Fray León puso su oído cerca de la boca de Francisco para ver si oía algo de lo que decía, sintió que dijo.

- Están tocando para mí un coro de Ángeles, una melodía celestial.

Estaba anocheciendo cuando llamaron a la puerta de Santa María de los Ángeles. Un fraile fue a abrir, era la señora Jacoba que iba acompañada por sus hijos y dos criados, el fraile al verla se puso contento y les dijo que entraran. Llevó a la señora Jacoba hasta la celda donde estaba Francisco. Él la reconoció y le sonrió, pues estaba contento de tener en el último día de su vida la presencia de la mujer, que para él había sido tan importante en su vida. Francisco pudo decirle unas cortas y débiles palabras.

- Dios ha querido que la mujer esté a mi lado.

La señora Jacoba lloraba de ver que se iba de la tierra un hombre Santo, ella con tantos bienes como tenía no podía hacer nada para que estuviera más tiempo entre ellos. Una parte de sus riquezas la empleó para ayudar a Francisco en lo que necesitaba.

Fray León le preguntó en voz baja para no alterar la situación que estaban viviendo.

- ¿ Cómo sabía que el Padre Francisco estaba tan mal ?.

- Esta madrugada pasada Dios me lo ha revelado, y he venido rápidamente - Le respondió la señora Jacoba con pena.

Francisco hizo un gesto de querer decir algo. Fray León se acercó y escuchó que le dijo con voz muy débil.

- Quiero oír el Salmo maskil 141.

Fray León le comunico a todos los frailes, que se cantara este Salmo.

Todos lo cantaron con voz suave, pues era la última voluntad de Francisco. Él también lo seguía con un hilo de voz y pudo pronunciar algunas frases.

Estaban ya acabando de cantar el Salmo y Francisco se quiso incorporar queriendo coger algo con sus manos. El que estaba más cerca de él era Bernardo y fue para coger sus brazos. De esta manera dio el último suspiro.

En aquellos instantes pasaron volando por encima de santa María de los Ángeles, una bandada de alondras,

cogieron el espíritu de Francisco y se lo llevaron dejándolo en un camino de esplendor.

Esa noche estuvieron velando el cuerpo del Santo Francisco los frailes y la señora Jacoba.

Clara también fue avisada esa madrugada y la pasó con sus hijas rezando y velando a Francisco. Al día siguiente era domingo. Llevaron el cuerpo de Francisco como estaba acordado a la iglesia de San Jorge, pero pasaron antes por San Damián para que Clara y sus hijas vieran por última vez el cuerpo del sembrador.

Clara estaba arrodillada a los pies de Francisco, sus lágrimas caían sobre ellos, ella los besaba una y otra vez. Seguidamente se puso en pie y fue hasta sus manos, cogió una y la besó y después la otra. Miró su rostro y vio que tenía mucha paz, en sus labios había una leve sonrisa de felicidad.

Los frailes lo tenían que llevar a la iglesia de San Jorge pues los estaban esperando.

La iglesia estaba abarrotada de gente porque sabían la noticia, por las campanas que no habían parado de sonar en toda la madrugada anunciando que el alma del Santo había volado a los cielos.

En el testamento que Francisco dejó escrito, una de las cosas más importantes fue que no le faltara de nada a la Madre Clara ni a sus hijas.

EL VIAJE DE FRANCISCO HACIA LA LUZ

Francisco iba caminando en silencio con la cabeza baja, pensaba en el pueblo o ciudad que se iba a parar para hablar de Dios y de su Creación, después si le quedara tiempo descansaría. Las piernas le dolían estaba agotado de tanto andar, cómo no pudo más continuar se sentó a un lado del camino y miró todo el trecho que había recorrido.

- ¿ Dónde están mis frailes ? - ¿ Mi dulce y bella flor que es Clara dónde está también ? - ¿ Porqué camino sólo ?.

Francisco todavía no se había dado cuenta de que no estaba en la tierra, creía que Clara y sus frailes lo habían abandonado, y sólo hacía que hacerse preguntas que no entendía.

- Me han abandonado todos en este desierto de Luz; necesito llegar a una ciudad para hablarles a las gentes de mis animales, de todos en general. Necesito que me escuchen y que no se den la media vuelta cuando empiece hablar, actúan cómo si no me oyeran ni me vieran. - ¡ Qué raro es todo esto !.

Francisco tenía todavía mucho trabajo para hacer, pues al ser tan joven cuando murió con cuarenta y cinco años, le quedó mucho por hacer y por acabar.

Se puso en pié y empezó de nuevo a caminar, veía frente a él un sol radiante que iluminaba los cuatro puntos de donde estaba. De lejos vio una ciudad y se dirigió a ella. Estaba en guerra, unos luchaban contra otros, eran guerreros que iban vestidos con armaduras y en sus

manos empuñaban una espada. Se puso en medio de todo ese combate que había y empezó a decirle a los guerreros.

- ¡ Hermanos míos soltad las armas ! - Dios nuestro Señor no quiere que nos hagamos daño.

Francisco le decía esto a unos, después se acercaba a otros y les repetía la misma frase.

- ¿ Porqué no me escuchan ? - Decía Francisco.

Los soldados seguían combatiendo y algunos caían heridos. Francisco los quería socorrer, iba de un lado a otro tratando de coger al combatiente que caía. Cómo nadie se daba cuenta de que estaba allí se puso a gritar diciéndoles a todos.

- ¡ Mi trabajo es el de hablar de Dios, es más hermoso que el que vosotros estais haciendo ! - Yo respeto a todo ser viviente y admiro cuando alguien hace algo que está bien, pero esto que estais haciendo de mataros los unos a los otros es detestable, yo no lo puedo aprobar.

- ¡ Me llamo Francisco !. - ¿ Me estais oyendo ?.

En vista de que nadie le hacía caso se fue de allí buscando otro lugar donde quisieran oírlo hablar de Dios, porque nada hay más grande y glorioso que estar al servicio del Creador y trabajar para Él.

Seguía caminando en el sendero de Luz hacía varios años. Vio una gran mansión que se alzaba en la cima de un monte, se dirigió a esta casa con la intención de hablar a sus habitantes, de Dios, y de poderse quedar si era posible un tiempo para descansar. En la puerta estaba sentada en una mecedora una anciana de cabellos blancos y piel arrugada, tenía los ojos cerrados parecía que durmiera pero no era así. Francisco se puso frente a ella y le dijo.

- Paz y bien hermana.

La anciana seguía con los ojos cerrados, salió de la casa una mujer de mediana edad, traía entre sus manos un cuenco de arcilla con un líquido dentro, se acercó a la anciana y le dijo mientras que le tocaba la cabeza.

- Madre tómese el medicamento.

- No quiero nada de esto porque no me hace nada -
Respondió la anciana rechazando lo que su hija le quería dar.

Francisco estaba observando la escena y dirigiéndose a la anciana le dijo con voz suave.

- Haga caso a su hija y tómese el medicamento.

La hija insistía en que su madre se tomara la poción pero no lo conseguía, lo rechazaba continuamente.

- ¿ Puedo quedarme aquí para descansar ? - Preguntó Francisco.

Cómo no le respondían la madre ni la hija se sentó encima de la hierba junto a ellas escuchando la conversación que mantenían. Se quedó en la casa por un tiempo y después se fue de allí.

Caminaba cansado y todo su afán era la de hablar de Dios a toda la gente que se encontraba. Murió a los cuarenta y cinco años de edad de una enfermedad que él mismo se causó debido a lo poco que comía, pues apenas ingería comida porque quería parecerse a Jesucristo cuando estuvo en la tierra y pagarle de esa manera a Dios, la parte que le correspondía del sufrimiento que Jesucristo sufrió por él. Al morir tan joven seguro que su ciclo en el cielo no había llegado para que dejara la tierra, es por eso que aún le quedaban años para terminarlo y tenía que seguir hablando de Dios y de su Creación en el Astral, y cuando llegaba a un lugar hacía lo mismo que en la tierra... Igual en el cielo cómo en la tierra.

Llegó a una aldea pues las casas que habían eran contadas, se paró en la puerta de una de las casas porque desde la puerta se oían los gritos he insultos que un hombre hacía. Llamó tres veces con los nudillos de su mano, como nadie venía para abrir fue él quien empujó la puerta y se abrió.

Habían un matrimonio y sus dos hijos entre diez y ocho años de edad, que lloraban porque su padre había bebido y estaba insultando y pegando a su madre.

Cuando la puerta se abrió y Francisco entró, este hombre la cerró de un golpe, y siguió pegando a su esposa. Francisco se enfadó al presenciar esto y utilizando su fuerza, le cogió las manos a este hombre violento diciéndole.

- ¡ Vergüenza tendría que darte de hacer este acto tan ruin !.

El hombre notó que algo le impedía llegar con sus manos a coger el cuello de su esposa. Ella al verse libre cogió a sus dos hijos y se fue a encerrar a una de las habitaciones que tenía la casa. Encima de la mesa aún le quedaba vino en una jarra, este hombre la cogió con rabia y se la llevó a la boca para acabar de beber el último vino que le quedaba. En esos instantes Francisco se la cogió de las manos y la fue a tirar a la calle.

Este hombre al ver lo que le sucedía y ver la puerta de la calle cómo se abría y después se cerraba, cogió miedo pero sobretodo al alcohol, pensó que el vino lo estaba volviendo loco, y fue hasta la habitación donde se habían escondido su esposa y sus dos hijos y les prometió que jamás volvería a beber. La esposa encontró a su marido totalmente cambiado, y creyó lo que le dijo. Francisco se fue de esa aldea y continuó caminando en el Sendero de Luz. Notó que las piernas no las sentía de tanto cómo había caminado, se les doblaron y cayó al suelo de rodillas, intentaba ponerse de pie pero no podía. Escuchó un galopar de caballos y miró hacia atrás y vio que venía una carroza dorada tirada por cuatro caballos

blancos, y se paró junto a Francisco. En su rostro había un gesto de dolor, y extendió una de sus manos pidiendo ayuda. La carroza era de oro y las ruedas de plata que radiaban como la luz del Sol. La puerta de la carroza se abrió, y bajo un hombre joven, debería tener treinta años de edad.

Francisco al verlo pensó que se trataba de un hombre rico, pues vestía muy bien. Le chocó mucho sus cabellos dorados largos y rizados, también su físico y sobretodo el color de sus ojos que eran de un azul cielo.

Vestía con un traje color blanco y una camisa color azul claro que llevaba abotonada hasta la mitad de su pecho. Tenía media barba y bigote. Su piel parecía que estuviera tostada por el Sol, y calzaba con botines de color blanco. Su dulce mirada la tenía puesta en Francisco, fue hasta donde estaba él y con un gesto de bondad le ayudó que se pusiera de pie cogiéndolo por los brazos. Era alto y corpulento.

Francisco miraba este Ser tan maravilloso que lo estaba ayudando, no se había encontrado en todos los años que hacía que iba sólo hablando de Dios, a alguien tan bondadoso y Divino. - ¿ Quién podría ser ?.- Se preguntó.

Francisco hizo una exclamación de dolor y dijo.

- Tengo que tener las piernas rotas - Hermano no puedo levantarme las piernas no me sostienen, y no tengo fuerzas para ponerme en pie.

Este Ser no respondió nada, se agachó y cogió en brazos a Francisco y entró con él en la carroza y lo sentó en uno

de los asientos que habían de terciopelo de color amarillo. Francisco le dijo.

- Gracias hermano por hacer esto por mi, pero te voy a ensuciar tus limpios asientos, mis vestiduras son viejas y tengo mucho polvo de tantos años como hace que voy caminando.

Este Ser cerró la puerta de la carroza y los caballos salieron corriendo a galope.

Francisco quería explicarle muchas cosas de las que le habían sucedido, porque era el único que lo veía y lo oía, pero él no decía nada sólo escuchaba a Francisco todo lo que le decía.

Este Ser abrió un cajón que había dentro de la carroza y cogió un maletín, lo abrió y sacó unos frascos de esencia perfumada, cogió uno y se puso en sus manos y lo aplicaba en las piernas y pies de Francisco dándole masajes. Le quitó el hábito viejo que llevaba y también le puso de esa esencia por todo su cuerpo.

Francisco notó que las piernas y el cuerpo ya no le dolían y encontró un alivio muy grande.

Francisco sentía curiosidad por toda esa limpieza que le estaba haciendo y le preguntó.

- ¿ Hermano porqué haces todo esto por mi ?.

Este Ser después de mirarlo unos instantes le respondió con ternura.

- Tienes que entrar limpio donde te llevo.

Francisco iba sentado enfrente de este Ser, él apenas había hablado nada, pero su voz era dulce como la miel. Francisco creía haberlo visto antes en otro lugar, pero no recordaba donde, y para salir de dudas le preguntó.

- ¿ Hermano, nos hemos visto antes ?.

Este señor lo miraba con mucha ternura, y con mirada de amor que emanaba de sus ojos azules que parecía que fuera el cielo. Le respondió.

- Nos hemos visto muchas veces.

Francisco se puso a recordar mientras que no paraba de observarlo, y pensaba - He conocido a mucha gente, pero estoy seguro que a él no lo he visto antes. Seguía pensando - ¿ Por qué se ha parado para ayudarme ?.

Mientras que todos estos pensamientos estaban en la mente de Francisco. Este Ser sacó ropa nueva para que se la pusiera, era una túnica blanca, que le cubría los pies.

Francisco seguía pensando ¿ quién podría ser ? - ¿ Será un Ángel que ha venido en mi ayuda ? - Pero es imposible porque soy pecador aunque mi vida la tenga dedicada a Dios. También soy un vagabundo que voy de pueblo en pueblo y pido para comer - ¿ Descarto la idea de que sea un Ángel !.

Este señor miraba a Francisco y sonreía, parecía que supiera lo que estaba pensando.

La carroza seguía a la velocidad que llevaban los caballos. Francisco se encontraba muy bien, él hablaba mucho y quería saber cosas nuevas y le dijo a este Ser.

- Hermano, gracias te doy por todo lo que has hecho por mí, Dios también te lo agradecerá porque siempre voy hablando de él y de su Reino.

Este señor afirmó con la cabeza pero no le respondió nada, lo que si había era una dulce sonrisa en sus labios.

- ¿ Sabes hermano que el Reino de Dios es muy grande y glorioso ? - Le dijo Francisco.

- ¿ Hermano has visto tú el Reino de Dios ? - Le preguntó este Ser.

- Creo que si lo he visto, porque hablo mucho a la gente de cómo es. El Reino de Dios es parecido a ti que sin conocerme, me has cogido y me has curado de todas las dolencias que tenía.

Este señor no le respondió nada. Francisco creía que aunque fuera rico no tenía porqué creer en Dios, y que también podría ser bueno y hacer el bien a quién lo necesitara, se había encontrado a lo largo de sus años con mucha gente que ayudaba y no tenían ninguna creencia.

- ¿ Dónde vamos ? - Le preguntó Francisco.

- Te llevo a mi casa, eres mi invitado y quiero que descanses allí - Le respondió este Ser sonriendo y con voz suave.

Los ojos de Francisco se llenaron de lágrimas por la emoción que sentía de que alguien como Él se ocupara de que descansara y de que lo tratara con amor.

Este señor abrió otro cajón que había dentro de la carroza y sacó una rebanada de pan blanco untado con miel y se la ofreció a Francisco diciéndole.

- Come este pan que está hecho del trigo que en mi casa se cultiva, y la miel son mis abejas que la hacen.

Francisco cogió el pan y lo fue comiendo, pues jamás había probado antes bocado más exquisito, y así se lo anunció diciéndole.

- Tienes que ser un hombre muy poderoso para que tengas obreros que trabajen también para ti.

- Siempre Soy Yo quién los elijo porque sé que no me van a fallar.

- ¿ Son muchos ? - Le preguntó Francisco interesado por saberlo.

- Bastantes - Le respondió este Señor con una sonrisa.

- ¿ Podría yo trabajar para ti ? - Aunque ya trabajo para Dios desde hace mucho años, y es lo que deseo hacer.

- Francisco ya tienes sesenta y cinco años y estás cansado, has trabajado mucho para el Creador, y ahora tienes que descansar.

Francisco no sabía que responder cuando escuchó que lo llamaba por su nombre, y le preguntó.

- ¿ Cómo sabes mi nombre ?.

- El Creador sabe cómo se llaman cada uno de sus hijos, porque llevan su nombre marcados sobre ellos.

- ¿ Conoces tú al Creador ? - Le preguntó Francisco fascinado.

- Termínate de comer el pan porque estamos llegando a mi casa - Le respondió este señor con una sonrisa.

Francisco terminó de comerse el pan con miel, y seguidamente se puso de rodillas, y con lágrimas en los ojos le dijo.

- ¡ Oh Señor !, yo no soy digno de tu Gloriosa Presencia, soy un pecador que todavía no he pagado los pecados que he hecho, pero aún tengo las Llagas que se pueden apreciar en mis pies, en mis muñecas y en mi costado - ¡ Míralas Señor ! - ¿ Fuistes Tú quién me las dio ?.

- Fue uno de los Ángeles que el Padre tiene para servirle.
- ¿ Tanto me quiere Dios ? - Preguntó Francisco con los ojos nublados por las lágrimas.

- Más de lo que tú crees, piensas que Dios te quiere pero esa palabra se queda pequeña - ¿ Si supieras el amor que Dios tiene por ti y por todos sus hijos ? - Es inmenso lo que el Todopoderoso manifiesta dando su Amor.

Francisco se había dado cuenta de que estaba frente a un Ser maravilloso, pero aún no sabía quién podría ser.

¿ Quizás un Ángel ? - Se preguntaba para sí.

Este Señor ayudó a Francisco a que se sentara, y seguidamente le dijo.

- Deja de pensar que fuistes un pecador, pues sólo por haber nacido en la tierra ya lo eres. Lo más importante es reconocer las faltas que se han tenido y tratar de enmendarlas porque de esa manera se llega a ver el Reino de Dios - Es la promesa del Padre.

Francisco miraba sus ojos azules - ¡ Quería hacerle tantas preguntas ! - Sobretudo una que no se atrevía porque era muy grande lo que le quería preguntar, y estaba dándole vueltas, porque si escucha lo que pensaba podría perder el conocimiento. Creía que Jesús no podría ser, porque no iba a estar en el camino para recogerlo a él, y además que tenía otras labores más importantes que hacer.

- No hay nada más importante que tú - Dijo el Señor.

- ¿ Sabes lo que estaba pensando ? - Le preguntó Francisco.

- Así es - Para el Padre todos sus hijos son lo más importante y bello que tiene.

- ¿ Que me está sucediendo ? - ¿ Es un sueño y tengo que despertar ? - Le preguntó Francisco algo asustado.

- No tengas miedo, pues ahora estoy a tu lado y estaré siempre - Sí que es un sueño lo que estás teniendo, cuando llega la muerte física se sueña hasta que se vuelve a despertar en la próxima vida.

Francisco estaba sorprendido, tocó con las manos su cabeza y su cuerpo y preguntó.

- ¿ Estoy muerto ? - ¡ Pero si me puedo tocar ! - ¿ Dónde está mi dulce Clara y todos los hermanos que hice ?.

- Se han quedado en la tierra, pero también los iré a buscar el día que tengan que llegar a Mí.

Francisco miraba sus bellas facciones, y escuchaba sus palabras dulces. Aún seguía pensando que se trataba de un hombre rico que trabajaba para Dios.

Él sin embargo era pobre y también iba predicando la Palabra de Dios y la iba enseñando por todos sitios que pasaba.

Le daba mucho mérito a lo que hacía el Señor, siendo rico cómo se le veía que era estaba al servicio del Creador y de sus hijos amados.

- ¿ Hermano, que palabra es la que llevas en tu boca ? -
Le preguntó Francisco.

- Llevo el amor del Padre, soy defensor del Espíritu Santo, y guardo dentro de Mí las Palabras del Hijo, para que todos lo conozcan y lo amen.

Francisco lo miraba con curiosidad. Él estaba muy avanzado en el sendero de Dios, siendo más joven.

- Hermano - ¿ Hace mucho tiempo que vas hablando de Dios ? - Le preguntó Francisco.

- Toda mi existencia - Respondió con alegría.

Francisco se arrodilló delante de Jesús y le dijo con lágrimas en los ojos. - Soy torpe, muy torpe - Amado Mío Jesús apiádate de mi alma, y perdona a este pobre pecador, que por culpa de mis pecados no te he sabido reconocer - ¡ Oh Dios ! - ¿ Qué mérito tengo yo para que tu Glorioso Hijo me haya recogido en el camino, me haya lavado mi cuerpo, me haya puesto ropa nueva y dado de comer ?.

- Francisco deja de castigarte de ese modo - Le dijo Jesús.

- Señor, es que soy muy torpe, eres diferente a los demás y no me he dado cuenta. Te acompaña el amor y no lo he sabido ver, estoy frente a Tu Divina Presencia, a Tu bondad infinita, y tampoco lo he advertido - ¿ No es ser torpe ?.

Jesús se fue a sentar junto a Francisco, le quitó las manos que cubría su rostro, y secó sus lágrimas, le dijo con voz tierna y suave.

- Francisco, no te llares torpe porque no lo eres, lo que te ocurre es que eres muy humilde, es por eso que no me has reconocido, creías que Yo no podría ir a ti - ¡ Ya ves que voy a quién me sirve ! - Es por eso que yo también te estoy sirviendo a ti, porque has hablado muchos años del Reino de mi Padre - Yo Soy el gran servidor.

- Señor, perdón, mil veces perdón te pido por querer insistir en hablarte del Reino de Dios, y de todas las moradas que tiene - ¿ Qué puedo yo saber que Tu no sepas ? - ¿ Qué te puedo yo enseñar ?.

Jesús olía a rosas y a jazmín. Cogió la mano de Francisco y le pidió con voz llena de ternura.

- Sí que me puedes enseñar, porque Yo tengo un poco de todos los humanos, un poco de todos los animales y también de los árboles y de las flores. Con ese poco que tengo de todos he podido Ser el que Soy.

Francisco todavía no sabía bien lo que le estaba sucediendo y le preguntó.

- Señor - ¿ Estoy soñando ? - ¿ Estoy durmiendo quizás ? - ¿ Que es lo que me pasa ?.

- Francisco estás en espíritu, ya hace años que dejastes la tierra, pero tu espíritu sigue hablando de Mí y del Reino

de Mi Padre. Me sigues amando como antes y quizás más.

- Señor - ¿ Mi espíritu no ha encontrado la paz ?.

- Sí que la has encontrado; desde el mismo momento que dejastes la tierra, pero me amas tanto que sigues yendo a pueblos y ciudades para hablar del Reino de Mi Padre, también porque todavía no era la hora de que Yo te viniera a buscar.

- Pues si estoy en espíritu - ¿ Porqué no te he reconocido?.

- Porque todavía tu misión no estaba acabada.

Francisco ahora ya no tenía dudas de que se trataba de Jesús. Hasta que el espíritu no ha encontrado la estabilidad Divina tiene muchas confusiones y de nada está seguro.

- Señor - ¿ Vamos por la tierra ? - Le preguntó Francisco.

- Vamos por el cosmos, Mi Morada está en el centro del Universo.

Francisco cerró lo ojos como si durmiera. Oyó la voz de Jesús que le dijo.

- Francisco hemos llegado a mi Casa.

Francisco miró por la ventana de la carroza, y lo que allí vio era maravilloso, extraordinario, y mágico. Todas las

palabras que se puedan emplear para expresarlo son pocas, porque no hay frases para decirlo - ¡ Cuanta belleza había en aquél lugar !.

Jesús bajó de la carroza, y ayudó a Francisco a que también bajara.

Francisco estaba asombrado y feliz, tanto como le habían gustado las flores que había en la tierra. En el cosmos eran de una gran belleza, él jamás las había visto antes, también estaba todo rodeado de plantas bellísimas y esbeltas. Además que había una luz dorada que iluminaba todo.

Los rosales abundaban de todos los colores. Había un rosal que sus rosas eran de color azul cielo, habían a su alrededor varias jóvenes que las cuidaban.

Francisco se acercó a ellas y les sonrió; después les preguntó.

- ¿ Quienes sois ?.

- Somos las obreras del Señor - Le respondió una joven.

- ¿ Cuidáis de todos los rosales ? - Le preguntó Francisco.

- Cuidamos sólo de este donde crecen rosas azules.

- ¿ Porqué sólo cuidáis las de este color ?.

- Las rosas azules son las que lleva el Señor, es por eso que somos sus obreras.

Francisco miró en otra dirección y vio que todo estaba lleno de flores salvajes, las había de todas clases. Frente donde estaba Francisco había un castillo de color rojo, y echaba destellos dorados que brillaban como el Sol.

Francisco estaba embobado, y al mismo tiempo maravillado de contemplar tanta belleza junta. Jesús señaló el castillo a Francisco y le dijo.

- Esta es mi Morada, está hecha para todos los que en la tierra hablan del Reino de Mi Padre, este lugar es para que descansen, como tu vas a descansar ahora.

Francisco lloraba de alegría - ¡ Qué regalo más grande y valioso le estaba dando Jesús ! - Qué bondad la suya - Qué espíritu más generoso tiene. No sabía yo que sería invitado en el Jardín que hay en el centro del cosmos.

En la puerta del Castillo habían jugando varios Querubines, se entretenían haciendo juegos graciosos. Se oían sus risas que eran parecidas a la de los niños. Corrían de un lado a otro, eran algo traviesos.

Iban todos los Querubines vestidos con túnicas blancas largas hasta los pies... Jesús les sonrió.

Después le dijo a Francisco.

- Te dejo en este lugar para que descanses, siempre hay ángeles que están por aquí, si te apetece preguntarles

sobre algo de lo que veas, y lo haces, ellos te responderán.

- Señor, te doy las gracias por tu infinita bondad, y por todo el amor que has derramado sobre mi.

Jesús fue caminando y entró en el Castillo. Francisco lo miraba y le decía adiós agitando su mano.

Francisco deseaba andar por todo aquel Edén maravilloso, lo quería conocer todo. Allí siempre había luz. Llegó hasta un riachuelo, sus aguas eran como la plata que brilla. En las orillas habían pájaros que bebían agua, eran gorriones. Francisco se acercó y se puso en cuclillas junto a los pajarillos y les dijo.

- Si estuvierais en la tierra ya hubierais volado cuando me he acercado a vosotros.

- Amigo Francisco, en la tierra hay pocos humanos que amen a los animales, y aún menos a los pájaros, pues dicen que nos quieren y nos encierran en una jaula, y dentro morimos. - Le respondió uno de los gorriones.

- Hermano gorrión - ¿ Cómo sabias tú que mi nombre es Francisco ?.

- Todos los que aquí estamos sabemos como es tu nombre. Cuando bajabas de la carroza con nuestro Señor, los Querubines gritaban diciendo - ¡ Ha llegado Francisco ! - ¿ Te vas a quedar mucho tiempo aquí ?.

- No lo sé, sólo nuestro Señor lo sabe - ¿ Sabes que no lo reconocí ? - ¿ Y le estuve hablando del Reino de Dios ?.

- ¿ Que fue lo que te dijo ? - Le preguntó el gorrión riendo.

- Nada, no me decía nada, sólo me escuchaba, pues como iba tan ricamente vestido lo confundí por un hombre rico que se había apiadado de mi.

- Nuestro Señor se puede presentar de cualquier forma o manera - ¿ Sabes lo que me pasó a mi, una vez con Él ? - Pues lo confundí por un Querubín. Iba vestido con túnica blanca y llevaba alas. Ese día yo tenía ganas de jugar y me puse en su cabeza cogiéndole los cabellos con mi pico - Él me cogía con sus manecitas y me echaba a volar - Yo volvía de nuevo y continuaba haciéndole lo mismo, una y otra vez, hasta que se cansó de mi, me cogió con sus manos, me puso delante de su Rostro y me dijo.

- ¿ Me vas a dejar tranquilo ?.

Cuando oí su voz y vi su Rostro me puse a revolotear por todo su alrededor diciéndole.

- ¡ Perdóname Señor, no sabía que eras Tú !.

- ¡ Qué fuerte sería eso para ti ! - ¿ No ? - Le preguntó Francisco.

- Sí, no es que no quiera el Señor jugar con nosotros, es que tiene mucho trabajo, y siempre está reclamado en todos sitios, y tiene que estar en muchos lugares a la vez. Unas veces está transformado de una manera y otras de otra, es por eso que es difícil saber que se trata de Él.

Los demás gorriones estaban escuchando la conversación y afirmaron todos diciendo.

- Así es.

- ¿ Hace tiempo que estais aquí ? - Les preguntó Francisco.

- No hace mucho, pero la pena nuestra es que pronto tendremos que volver a la tierra, los humanos nos necesitan, al igual que a los demás animales, por que el día que nosotros no existamos, ellos tampoco existirán, es el origen del Alma quien lo dirige.

Se escuchó a los Querubines que decían gritando.

- ¡ Viene Violeta ! - ¡ Viene Violeta !.

Venía corriendo una borriquilla del color de la plata. Parecía que conociera bien el camino, cuando llegó al riachuelo se paró cerca de Francisco y de los gorriones. Francisco la estuvo acariciando, los gorriones se posaron encima de su lomo acariciándola también.

Vinieron dos Querubines y se llevaron a la borriquilla de allí, mientras que la iban acariciando.

Un gorrion gritó diciendo.

- ¡ Mirar, por allí viene un viejo amigo nuestro !.

Francisco miró y vio que se trataba de un perro de raza labrador. Llegó hasta el riachuelo y se sentó junto a él. Uno de los gorriones se le puso en la cabeza del labrador y le preguntó.

- ¿ Amigo mío, se te ha hecho largo el camino ?.

- No mucho, pues esta vez sabía donde era.

Francisco estaba sentado junto al labrador acariciándole su cabeza y su lomo, y le preguntó.

- ¿ Nos hemos visto en la tierra ?.

- No amigo mío, no he tenido ese placer, pero nunca es tarde.

Francisco se puso en pie y dijo a los gorriones y al labrador.

- Tengo que dejaros ahora, quiero conocer todo este inmenso Jardín bien, hasta pronto amigos míos.

Francisco se alejó caminando.

CLARA ALCANZANDO EL JARDÍN DEL
CREADOR

Al poco tiempo de morir Francisco murió la señora Jacoba, y la enterraron en la Porciúncula en honor al Padre Francisco, porque ella había llevado desde hacía muchos años la carga de la economía de toda la orden. Fue para Francisco y para los demás frailes un Ángel enviado por Dios para todos ellos.

El 16 de Julio de 1228 canonizaron en Asís a Francisco. El Papa se trasladó hasta el pueblo de Asís para celebrar la canonización del Santo.

Un día después fue a San Damián porque quería conocer a Clara y hablar con ella. Cuando la tuvo delante le preguntó.

- ¿ De qué viven ustedes ?.
- De limosnas - Le respondió Clara.
- Pues morirán de hambre - Le dijo el Papa.
- La Divina Providencia vela por nosotras para que no nos falte de nada - Le respondió Clara.

El Papa se quedó sin saber que responder, vio frente a él a una gran mujer que vivía de muchas esperanzas. El Papa buscaba la mirada de Clara, le hubiese gustado entrar dentro de sus pupilas y compartir cosas importantes, que él siendo el Papa no sabía llevar a cabo. En el año 1240 volvía otra vez a oírse los gritos de guerra. El pueblo de Asís estaba revolucionado, la guerra que empezaba era más dolorosa que la anterior. Se veían por las calles violaciones a mujeres, jóvenes, y

otras que eran casi niñas. También les prendían fuego a las casas, a tiendas, a los monasterios y a las iglesias.

Clara tenía mucho miedo, ese miedo que sentía no era por ella sola, sino por todas sus hijas, las que estaban con ella, y en otros monasterios.

En el mes de Septiembre entraron la tropa del Emperador Federico II en el monasterio de San Damián. Ese era el primer lugar que visitaron para descargar sus violencias. Entraron a la fuerza rompiendo las puertas a golpes.

Clara y sus hijas estaban asustadas, y solo hacían que rezar para que el enemigo se fuera de allí. Le dijo a una de sus hijas que le llevara el estuche de marfil donde se guardaban las Hostias Consagradas, en donde está presente Jesucristo. Clara con el estuche en sus manos le habló de esta manera al Señor.

- Protege Señor a vuestras siervas, las que estamos aquí y las que están lejos. Protege Señor las casas, los campos porque de ellos obtenemos el alimento.

Esta oración que Clara le hizo a Dios fue oída, porque la tropa de Federico II se fueron del monasterio, y de las montañas rápidamente.

Siguiendo los frailes las normas de San Francisco, llevaban cada día comida y lo que necesitaran al monasterio de San Damián. A Clara y a sus hijas no les podían faltar el alimento. Al enterarse el Papa de que

todos los días iba un fraile para llevarles comida, lo prohibió para que la gente no pensaran mal de la orden. Habían muchas personas que querían mucho a la Madre Clara y a sus hijas. Se habían enterado de que el Papa las dejó a merced de quién les quisiera dar algo, y toda esta buena gente iban cada día a llevarles comida se la dejaban al lado del muro del monasterio. Cuando se iban salían las hijas de Clara y cogían la comida que les habían dejado.

Como los frailes tenían la orden de no acercarse a San Damián, Clara y sus hijas se quedaban sin el alimento espiritual. El sacramento de la misa ya ningún fraile iba a hacerlo. Entonces fue Clara que hizo de Padre y de Madre de todas sus hijas, que eran alrededor de cincuenta.

El Papa se enteró del valor que tenía la Madre Clara, y de todo de lo que carecían por culpa suya. Decidió ir de nuevo a San Damián para ver que se podía hacer y remediar todo el mal que había causado. Recordó las Palabras de Dios que dicen.

- El día del juicio responderás ante Mí.

La estancia del Papa en San Damián duró casi todo el día. Él veía a la Madre Clara cómo una humilde mujer, amante de la pobreza y también de todo lo que es bello. Sabía que era la herencia que le había dejado el Padre Francisco.

Llegó la hora de la comida y Clara le dijo a sus hijas que llevaran lo que había de comer. Cuando pusieron encima de la mesa unos trozos de pan duro que las buenas gentes les habían dejado en la puerta del monasterio el Papa se quedó asombrado del poco alimento que tenían. Guardó unos minutos de silencio y después le dijo a la Madre Clara.

- Bendiga usted la mesa.

Clara quedó extrañada de que el Papa le pidiera de hacer esta bendición, puesto que le tocaba hacerlo a él.

El Papa le volvió a repetir que bendijera la mesa. Clara puso todos los trozos de pan que habían y los juntó. Hizo una cruz con su mano y los bendijo. Ocurrió un milagro fue que en cada trozo de pan se formó una cruz. El Papa al ver lo que había sucedido, se dio cuenta que en la vida de la Madre Clara y en la de sus hijas estaba llena de amor.

El Papa volvió a Roma y escribió una regla que decía - Que había que mantener la pobreza, de no poseer bienes, porque el que alimenta a las aves del cielo y a los lirios de la tierra, también vela por un hijo suyo para que nada le falte.

El Papa en esta Regla que escribió, no dejó escrito de que los frailes pudieran volver a San Damián, pero ellos lo hicieron más tarde porque era más importante lo que el Padre Francisco dejó escrito en su testamento, pues tenían que ir a San Damián para alimentar el espíritu de la Madre Clara y de sus hijas. También era necesario que fueran porque el monasterio necesitaba reparacio-

nes, hacía tiempo que estaban con goteras y con las paredes que se abrían. En este estado vivían Clara y sus hijas, por culpa de la ética que el Papa quería que guardaran.

Dios quiso de que todo volviera a la normalidad. Pues dice Nuestro Señor Jesucristo - La carne sólo es carne, pero el espíritu pertenece a Dios y a Él tiene que volver.

En el siglo trece los discípulos de Francisco se poblaron por toda la tierra, llevaban el mensaje que su Padre espiritual les dejó.

Trabajaban poniendo mucho amor, lo hacían con alegría y con cánticos. Sabían por experiencia que la música y las canciones alegran a Dios, a los hombres, mujeres y niños. La sonrisa también los acompañaban, porque hace milagros y es mágica, es por eso que alegra los corazones.

Clara estaba llena de Dios y vivía para Dios haciendo su Voluntad. Personas importantes que conocían los dones que tenía, iban para consultarle problemas difíciles de resolver. No acudían a ella porque pensaran de que fuera una mujer inteligente, sino por que estaban convencidos de que tenía a Dios - ¿ Quién mejor que ella los podía aconsejar ?.

Cuando alguien iba a ella para que le dijera el camino que tenía que coger, Clara hablaba con el corazón y decía siempre lo correcto y lo adecuado.

Recitaba en muchas ocasiones una poesía que Francisco un día escribió para ella y que dice así.

- No miréis la vida que hay fuera, porque la del espíritu es mejor. Os ruego por el gran amor, que uséis con discreción las limosnas que os da el Señor, para ayudar a los que están bajo el peso de la enfermedad y todos los demás que por ella se fatigan y sobrellevan con paz. Algún día veréis el precio de estas fatigas, porque en el Cielo seréis Coronadas por la Virgen María.

Esta poesía la cantaba Francisco en San Damián para todas sus hijas, con voz potente y fuerte. Muchos lo llamaban el trovador por lo bien que interpretaba una melodía.

Clara había enfermado y era en la cama donde mejor se encontraba. Tenía mucha tos acompañada de vómitos de sangre. También tenía la enfermedad que Francisco padeció.

Como quería lo mejor para sus hijas, hizo por Inspiración Divina una nueva regla para que todas sus hijas estuvieran mejor.

En Roma al enterarse el Papa Inocencio IV, porque Gregorio IX había muerto se presentó en San Damián para visitar a la Madre Clara y pedirle una explicación por el cambio que había hecho de reglas.

Clara estaba en su celda guardando cama, apenas se podía mover por los vómitos que cada vez eran más grandes e iban cada vez más en aumento.

El Papa se sentó en una silla cerca de su cama y le preguntó.

- Madre Clara - ¿ Porqué ha hecho cambiar las reglas ?.

Clara lloraba, lloraba sin parar. Su voz era débil. Ella respondió entre sollozos.

- Desde que el Padre Francisco voló al cielo no nos han dejado hacer las reglas que escribió para nosotras. Ahora yo me voy a ir pronto y las quiero volver a establecer, para que todo quede como él lo dejó.

El Papa la miraba y pensaba - La paciencia, bondad y perdón que ella tenía. Sólo una mujer como la Madre Clara podría llegar a ser Santa.

El Papa le dijo.

- ¡ Hija la admiro tanto ! - Que no se que decirle, incluso creo que yo no estoy tan preparado como lo está usted, para llegar a Dios.

Clara tenía la mirada baja, mientras que por sus ojos no paraban de emanarle lágrimas.

Al otro lado de la cama habían unas hijas suyas, con un pañuelo una de ellas le iba secando las lágrimas. También tenían ellas lágrimas en los ojos, pues sabían que pronto iban a perder a su Madre espiritual.

Clara se dio cuenta del miedo que tenían sus hijas, las tranquilizó diciéndoles.

- Dios no quiere que me vaya todavía, y estaré con vosotras más tiempo.

Cuando el Papa se había ido, las hijas de la Madre Clara se alegraron mucho por lo que ella les dijo, y se lo transmitieron a las demás hermanas. El tiempo que le quedaba a Clara de vida, lo dedicó plenamente a la oración para beneficio de sus hijas y de los frailes del pobrecillo. No deseaba que ellas encontraran tantas dificultades como Francisco y Clara tuvieron, por parte de la ignorancia de los demás.

Era el 24 de diciembre, en San Damián estaban las hijas de Clara haciendo los preparativos para celebrar el nacimiento de Jesús. En la cocina estaban haciendo pasteles y comida sabrosa. Todas las hermanas estaban contentas por ser la fecha que era. Sabían que ese año no sería celebrado de la misma manera de años anteriores, porque la Madre Clara estaba en cama. El médico le había indicado que la enfermedad que padecía se sobrellevaba mejor e incluso podría curarse con una buena alimentación y guardando cama. Lo de guardar cama si que podía hacerlo diariamente pero lo de tener una buena alimentación era más difícil, porque en el monasterio eran muchas hermanas las que habían y todas tenían que comer, entonces Clara no podía seguir los consejos que el médico le dio. Podían hacer un pequeño festín cuando llegaba la fecha de la Natividad de Jesús, y después sólo había para hacer un caldo de verduras cada día.

Clara también seguía los pasos de Francisco y hacía lo mismo que él hizo. Decía que si se salía de lo normal estaba haciendo lo contrario. Ella le regañaba en vida

cuando lo veía que estaba enfermo por no comer y ahora ella hacía lo mismo para no traicionarlo, porque Francisco se casó con Clara en espíritu y Clara también se casó con Francisco de la misma manera.

Clara le cantó al Niño Jesús pero no le bailó cómo hacía otros años con sus hijas, tampoco las hermanas lo harían. Sólo le adorarían cantándole nuevas canciones que había compuesto Fray Pacífico. Era un fraile con un talento de admirar, lo llamaban... El rey de la poesía.

Las hijas de Clara llevaron migas de pan y las esparcieron por el suelo del patio de San Damián para que también las palomas, los gorriones y otras criaturas de Dios pudieran celebrar el nacimiento de Jesús.

Clara desde el lecho de su celda oía cánticos tan bonitos que hacían al Hijo de Dios, pidió a sus hijas que le dejaran la puerta abierta para poder oírlo todo. Ella desde su cama seguía la música que algunas de sus hijas tocaban con unos instrumentos musicales que tenían. Clara iba cantando las canciones a la par de ellas. Unos frailes les habían conseguido, una mandolina que estaba vieja, también unas panderetas, y un pequeño tambor.

Era la media noche del 24 de Diciembre, y Jesús había nacido. La nieve cubría los tejados de San Damián, la campana repicaba anunciando que Jesús había nacido.

Fue a San Damián un fraile para decir la misa, todas las hermanas estaban en la capilla. Clara dijo - ¡ Si pudiera yo estar allí !.

Clara siguió hablando y dirigiéndose a Jesús le dijo.

- Señor, estoy sola en esta noche tan importante. Cuando Tú nacistes estabas rodeado de todas las criaturas que Dios puso a tu lado, como fue el buey, la borriquilla, las ovejas, el gallo que cantó la hora en el momento de tu nacimiento - ¿ Porqué yo que tanto te amo no has dejado que nadie esté conmigo ?.

Al terminar de pronunciar estas palabras se formó en la pared frente donde Clara estaba una gran pantalla de colores. En esta visión que tuvo vio como se estaba celebrando la misa en Santa María de los Ángeles. Reconoció a los discípulos del pobrecillo como la seguían. En el momento de tomar la comunión, también Clara la recibió de manos del fraile que estaba diciendo la misa. Este oficio duró mucho rato, todo ese tiempo estuvo Clara viendo y oyendo el nacimiento de Jesús.

La pared se quedó marcada con la visión que tuvo Clara y cuando sus hijas la fueron a ver, vieron todo lo que su Madre espiritual había tenido. La Madre Clara les dijo.

- El Señor ha querido que yo también estuviera presente en su nacimiento.

Este milagro llegaron a saberlo en Asís, en Roma y en el mundo entero.

Había llegado el verano con mucha calor, la salud de Clara estaba ya muy débil y su enfermedad había avanzado mucho. Antes de irse de la tierra quería que el

Papa firmara la regla que había escrito para sus hijas, pues el Papa estaba viviendo en Asís, en donde ahora está el cuerpo de San Francisco.

Cuando le fueron a decir que la Madre Clara estaba grave la fue a visitar, en esta visita aprovechó Clara para que firmara la regla. De esa manera lo dejó todo bien hecho para que los monasterios no carecieran de nada, por lo menos que tuviesen lo necesario para vivir.

Los últimos momentos que le queda a la Madre Clara de vida, los dispone para hablar con sus hijas, dándoles consejos y diciéndoles que tenían que ser fuertes en todas las pruebas que Dios les pusiera delante, y sobretodo en el momento en que tuviesen que dejar la tierra, porque el tránsito de morir era como dormir y soñar.

Todas sus hijas estaban alrededor de su cama queriendo evitar las lágrimas. La ventana de la celda estaba abierta por el calor que hacía, por ella entraba los cánticos de las alondras y de todas las aves que habían por los alrededores. Estas criaturas no estaban tristes, cantaban de alegría por que pronto el alma de Clara volaría al cielo.

Clara miró en dirección a la ventana y levantó sus manos dirigiendo los cánticos de las aves. Ella ya casi sin voz trataba de imitarlos igual como muchas veces lo hizo. Con un hilo de voz pidió que se leyera la pasión de Jesús. Mientras que la escuchaba de boca de una de sus hijas, recorrió con su mirada el rostro de todas ellas.

Habían avisado a los frailes de Santa María de los Ángeles por la gravedad en que estaba la Madre Clara. Habían llegado Fray León, que la miraba con un amor infinito. También estaba Fray Ángel, había sido siempre un hombre bueno, honesto y cortés. También Clara miró a ellos dos - ¿ Cuantos recuerdos tenía con Francisco y Fray León ? - Él trataba de que no se diera cuenta que no podía retener sus lágrimas. En esos instantes recordó cuando ella era joven, cuando reía feliz porque Francisco estaba cerca de ella, ¡ Era tan bella ! - Que aún en su lecho de muerte todavía tenía esa belleza.

Clara tampoco dejó de mirar a Fray Junípero, él cantaba canciones de amor - Decía que cuando se ponía a componer no le salían otras.

La Madre Clara lo miraba con amor, pues amor fue lo que él dio en todo lo largo de su vida.

Era Lunes 11 de Agosto de 1253. Una paloma se posó en la ventana de la celda de la Madre Clara, esperaba a que diera el último suspiro para coger su alma y llevarla al cielo. Las campanas de San Damián no paraban de sonar anunciando que la Madre Clara se había ido. Unos decían que repicaban de alegría, otros por el contrario dijeron que era de tristeza. Cada uno lo interpretaban según sentían por la dulce Madre, todos los que la conocieron estaban seguros de que era una Santa.

Se agregaron dos palomas más a la que llevaba el alma de Clara y la dejaron en un camino de luz donde la mayor belleza que allí habían eran las rosas. Habían

rosales en los dos lados del camino por donde Clara iba caminando. Su belleza era como cuando tenía dieciocho años, caminaba erguida parecía una Reina, iba contenta y feliz al encuentro del que había sido su amor platónico, su amor espiritual. Si Francisco no hubiese hecho frailes y una orden seguro que se habrían amado con pasión, pero cuando Dios elige para que alguno de sus hijos lleven su nombre por toda la tierra las órdenes son otras y no es la persona la que puede decir que ha elegido ese camino, sino que Dios ya lo tenía elegido para él.

Clara llegó a un gran valle donde habían árboles en flor, flores de todas las clases y sobretodo habían muchos animales que corrían de un lado para otro.

Escuchó la música de una mandolina, alguien estaba tocando la melodía de una canción que Francisco había compuesto y que los dos juntos cantaban. Miró en esa dirección y vio a un joven que tocaba ese instrumento sentado debajo de un árbol.

Al igual que Francisco estuvo tiempo sin saber que estaba en espíritu, Clara fue todo lo contrario ella sabía que su cuerpo se había quedado en la tierra y que su espíritu iba al encuentro de Francisco. En el mundo de los espíritus es comprensible todo esto, pues el que se va y deja a alguien que quiere mucho, le cuesta aceptar de que está en espíritu hasta que al fin la luz se lo hace ver.

Francisco fue en la tierra un hombre Santo, un elegido de Dios, pero sus sentimientos eran los del hombre. Obedeció la orden que Dios le puso delante y la terminó con mucho mérito.

Clara vio que el joven que estaba sentado debajo del árbol era Francisco, pues tenía la juventud de cuando era joven aparentaba veinticinco años de edad.

- ¡ Francisco ! - Gritó Clara llamándolo.

Él la miraba con infinito amor. Paró de tocar la mandolina y la dejó sobre la hierba, se puso en pie y fue avanzando hacia Clara. Él sabía que se trataba de ella porque los Querubines hacía poco tiempo que habían anunciado su llegada. Quiso esperarla en ese lugar tocando esa melodía para que Clara supiera que estaba allí.

Francisco iba sonriendo a su encuentro, cuando llegó a ella la cogió por las manos y le dijo con voz dulce.

- ¡ Clara ! mi florecilla deliciosamente bella.

Los dos se miraban y se veían realmente bellos. Cogidos de la mano iban caminando por un sendero iluminado. Cuando estuvieron en la tierra habían amado toda la Creación de Dios, quisieron como hermanos a las criaturas que vivían en el bosque, respetaron toda la obra de Dios. Fueron un ejemplo dejando un mensaje de amor de paz y de bien.

CLARA EISMAN